



## EL MARQUÉS DE TORRECUSO.

### I.

Al comenzar el siglo XVII se había hecho ya manifiesta al mundo la decadencia de España.

Peleábase en ambos hemisferios por mantener en pié aquel coloso que, moderno Briareo, había en pocos años extendido sus cien brazos por los ámbitos de la tierra, poniendo espanto hasta en las organizaciones sociales más robustas.

Peleábase en Flandes para conservar lo que de derecho pertenecía á la corona española, lo que tantos tesoros y tanta sangre había ya costado y la disputaban la ambicion y la herejía. Se combatía en Italia para rechazar las invasiones con que la casa de Saboya principiaba ya á turbar la Peninsula que con sus artes y pertinacia había de hacer, por fin, exclusivamente suya, ayudada ó compelida, segun el caso, por la Francia, incansable en promover obstáculos á la casa de Austria, su irreconciliable enemiga. No se descansaba en la tarea de extender más y más la autoridad de la metrópoli y de robustecerla en las vastísimas posesiones de América y Oceanía; y, para seguir la que ya se consideraba política tradicional en el Mediterráneo, si las expediciones al África no se repetían con la frecuencia que en el siglo anterior, tampoco se olvidaban por nuestros soberanos y gobiernos.

¿Era posible sostener tan graves atenciones faltando la enérgica y suspicaz prudencia del hijo de Carlos V, y entregada la gobernacion del Estado á soberanos tan perezosos como ineptos y vanos y arrogantes eran sus ministros y favoritos?

Nadie, pues, hay que, al estudiar con detenimiento la historia de aquella centuria, vea con asombro cuál iba de punto en punto derrumbándose la ingente fábrica de la monarquía, con tanto trabajo y gloria levantada por los Reyes Católicos.

Con razon dice el conde de Clonard en su *Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería*, que «así la dinastía austriaca, y principalmente la rama española, iba á sostener en sus extenuados brazos una lucha tan gigantesca con todas las potencias más formidables de Europa, é iba á sostenerla cuando se estaban agotando sus recursos, cuando se extinguía el genio de sus generales, cuando se había nublado la perspicacia de sus po-

TOMO VIII.

»líticos, y cuando las fibras de su constitucion, dolorosamente destruidas, se hallaban próximas á romperse violentamente.»

No faltaban, en verdad, hombres de mérito entre los llamados á obedecer y aún entre los que recibieran la mision de regir los ejércitos, valientes todos y entendidos no pocos; mas, sin una direccion política general que les diera el impulso, y frente á frente de la uniforme, vigorosa y hábil que se desplegaba en Francia, todos ellos aparecían en una inferioridad que hacía más y más visible el recuerdo, todavía vivo, de aquellos héroes y capitanes que acababa de perder España.

Los había ciertamente, y buenos ejemplos nos ministran de ello un Ambrosio Spínola, el conquistador de Breda; un D. Fernando, el Cardenal Infante, vencedor de Nordliagen; un marqués de Leganés, y otros, expertos en el ejercicio militar ó con el genio de la guerra dotados, deseosos de emular con los que la fortuna, ya adversa á España, les oponía en los campos de batalla.

Mas para comparar esos generales con los Córdovas, los Pescaras y Albas sería necesario hacerlo á través del prisma con que han de compararse un Fernando V, por ejemplo, y un Felipe II con su hijo y su nieto, un Cisneros con Lerma ú Olivares, la masa de hombres, soldados, caudillos y estadistas de los países sometidos ó aliados que compartían con los españoles sus trabajos y glorias, con los que, viendo á nuestra patria amenazada de ruina, la servían sin entusiasmo, cuando no con rencoroso disgusto.

No los culpemos, pues, y estudiemos sus cualidades y sus hechos con la imparcialidad que la justicia exige y á que mueve ó debe, al ménos, mover la desgracia.

Sugiérenos estas reflexiones la presencia de uno que todavía pudirá llamarse *Códice*, serie de documentos oficiales y autógrafos que encierra en sus importantísimas fojas la biografía del caballero Carlos Caraciolo, marqués de Torrecuso, uno de los soldados más bizarros y maestro de campo general expertísimo de nuestros ejércitos.

Quien haya leído las historias militares de su tiempo y el que con la detencion merecida estudie, sobre todo, la de los «Movimientos, separacion y guerra de Cataluña,» por D. Francisco Manuel de Melo, habrá sentido, de seguro, excitada su curiosidad respecto al prócer napolitano, citado siem-

pre con elogio en aquellas y representado en la obra del insigne portugués como uno de los cabos más distinguidos é influyentes del ejército en las memorables jornadas á que se refiere.

— Importa mucho, pues, el libro cuyo exámen es el objeto de este trabajo; y nadie que lo hojee dejará de sorprenderse y admirar la riqueza de datos históricos que contiene; no cerrándolo sin ántes hacer el estudio de los sucesos que en él se describen con pormenores tan minuciosos é ilustraciones tan curiosas, que serán muy pocos los que de unos y otras tengan siquiera noticia.

Detengámonos un poco en señalar algunos de los documentos que el código encierra; y hemos de equivocarnos mucho si no llegan á excitar fuertemente la atención de nuestros lectores, teniéndolos por uno de esos felicísimos hallazgos con que cada día se van enriqueciendo nuestras bibliotecas oficiales y particulares.

El también, al darnos cuenta de los sucesos más sobresalientes del segundo tercio del siglo XVII, nos servirá de demostración de cuanto hemos expuesto al encabezar el presente escrito.

## II.

El primero de entre los documentos que contiene el código es el certificado de haber asistido el Marqués á la expedición que, á las órdenes del de Santa Cruz, ocupó las islas de Kerkeni, destruyendo después todos los establecimientos que en ellas tenían los turcos. Lo publicamos, como todos los demás, con la ortografía misma con que está escrito. Dice así:

«El Marqués de Santa Cruz, etc., etc., etc.—  
 »Hago fee que en la jornada que de orden de su  
 »Magestad hize el año passado á los querquenes fué  
 »sirviendo de Abenturero el Marques de Torrecuso  
 »offreciendome su persona para que la emplease en  
 »su Real Servicio al qual le vi acudir peleando con  
 »los Moros como honrrado cavallero y particular  
 »soldado hasta que le retiraron con tres heridas, y  
 »por que desto conste doy la presente, en Nápoles  
 »á nueve de Marzo de mill seiscientos y doze años.—  
 »J. marques de Santa Cruz.—Por mandato de S. E.—  
 »Diego de Aguilar y Barra.—Fee al Marques de Tor-  
 »recuso de haber hido sirviendo á su Magestad de  
 »aventurero en la jornada de los querquenes.»

Ya ven nuestros lectores cómo empezó su carrera militar el héroe de esta leyenda, y que su bautismo de sangre no puede ser más solemne ni más honroso.

A ese certificado van unidas dos recomendaciones muy calurosas del duque de Osuna y del conde de Lemos, haciendo ver el brillante comportamiento de Torrecuso en cuantas ocasiones se había hallado

y la buena opinión de que ya gozaba en el reino y en el ejército.

Como en la jornada de los Querquenes, hizo también de voluntario y á su costa el viaje de las treinta galeras con que pasó al Archipiélago D. Pedro de Leyva, habiendo sentado plaza de soldado en la compañía del maestro de campo D. Luis de Córdova, que asistía á la guardia del estandarte real. Esto sucedía en Setiembre de 1621, y está comprobado en el código con documentos oficiales, como lo está la licencia que dos meses después obtenía del príncipe Manuel Filiberto para volver á Nápoles, donde le era urgente arreglar los negocios de su casa.

De propósito no hemos querido estampar ántes las condiciones de la familia del Torrecuso; porque, trasladando al presente escrito el despacho de su nombramiento para el mando de un tercio italiano creado en 1621, podrán nuestros lectores satisfacerse en ese y en otros puntos tan importantes como curiosos. Dice así:

«Don Antonio Capata, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma del título de Santa Balbina, Protector de España, del Consejo de Estado de Su Magestad, su lugarteniente y Capitan General en el Reyno de Nápoles, etc.—Por quanto su Magestad nos ha mandado que en esta ciudad y Reyno se levante un tercio de Infanteria Italiana para efectos y cosas convenientes á su Real servicio, y haviéndose de nombrar por Maestre de Campo del persona que sea de calidad, y soldado de platica y experiencia de las cosas militares, para que con cuydado y diligencia procure que los Capitanes que eligiéremos para hacer las compañías del, acudan con solicitud á la Leva dellas, y que rija y gobierne el dicho tercio con el valor, auctoridad y prudencia que conviene. Y por concurrir todas estas y otras buenas partes en vos El Ile. Don Carlos Caracholo, Marques de Torrecuso, y havida consideración á los muchos y calificados servicios que Vuestros passados han hecho á la Corona real, y señaladamente Nicolás Antonio Caracholo, Marques de Vico, vuestro bisabuelo, que sirvió en el Consejo Collateral deste Reyno, y en todas las ocasiones que en su tiempo se ofrecieron en él, con particular satisfacción, y Vuestro Padre Lelio Caracholo, Marqués de Libonati, que sirvió en la batalla naval, socorro de Nabarino, y Malta, cumpliendo en todo con sus obligaciones como Valeroso y buen Cavallero, á cuya imitacion haveys servido Vos también á su Magestad á vuestra costa en la ocasion que se ofrecio quando el Marques de Santa Cruz fué á los Querquenes con la Armada el año de seiscientos y once, saliendo della con tres heridas, y últimamente, en levante, en la Armada real, yendo en el viaje que hizieron las treinta Galeras della al Archipiélago con Don Pedro de Leyva, mostrando en todas

»las ocasiones que se han ofrecido y os haveys hallado el ánimo y valor que se prometía de Persona de vuestra Calidad, atento á lo qual y por creher que proseguireys con el cuydado y diligencia que deveys en servir á su Magestad, nos ha parecido nombraros, elegiros y diputaros, como en virtud de la presente os nombramos, eligimos y diputamos, por Maestre de Campo del dicho tercio de Infantería Italiana, con toda la auctoridad, preheminiencias, sueldo, gajes, emolumentos, derechos y demas prerrogativas que os tocan, y tienen y goçan y han tenido y goçado los demas Maestres de Campo de Infantería Española y Italiana que sirven á su Magestad en sus Exercitos, y ordenamos y mandamos al Sargento Mayor, Capitanes, Ayudantes, Alféreces, Sargentos y demas offs. y soldados del dicho tercio que os conozcan y tengan por su Maestre de Campo y superior y guarden y cumplan vuestras órdenes assí por escrito como de palabra, como las nuestras propias. Y que Don Francisco Manrique, Escrivano de Racion en este Reyno, que notando la Pesente en los libros de su officio os asiente en ellos el sueldo que por esta raçon os toca para librárosle y hazérosle pagar en conformidad del mandato que para ello se os mandara despachar, que assí conviene al servicio de su Magestad. Para declaracion de lo qual mandamos dar la presente firmada de nuestra mano, sellada con el sello de nuestras Armas y refrendada al margen del notario infrascripto en Nápoles á diez y siete de Marzo de mill y seiscientos y veynte y uno años.—Hay un sello.—El Cardenal Capata.—Por mandado de su S.º Ill.º, Juan de Atiença y Soto.—In Patentium. v. fol. 49.—Registrado In Patentium 5.º de la rueda de g.ºs á fol. 3.º Andrés Bueno.—In Pat.º scribe Port.º 4 f.º p.º Gregorio Ortiz.—Patente de Maestre de Campo de Infantería Italiana en Persona de Don Carlos Caracholo, Marqués de Torrecuso.»

En Agosto del año siguiente se hallaba ya en España Torrecuso, y en Octubre, despues de reformado su tercio, que servía en la armada que daba la guardia en el estrecho de Gibraltar, pasó á la corte á tratar de sus pretensiones, como dice el despacho de su licencia, expedido por D. Juan Fajardo de Guevara, capitan general de aquella escuadra. A ese despacho acompañaba una carta de recomendacion, haciendo presente al Rey los buenos servicios prestados por Torrecuso, particularmente en un encuentro reciente con los holandeses, por lo que, sin duda, en Abril de 1624 se le confería el mando de otro tercio, formado con doce compañías que venían de Italia para reforzar el anterior y las que aún se encontraban sueltas en las armadas del Océano y del Estrecho. El tercio fué destinado á la primera, y con ella fué al Brasil, donde y en la restauracion

de la ciudad del Salvador tuvo nueva ocasion de distinguirse por su valor y pericia, «dando exemplo, dice el certificado de D. Juan Faxardo de Guevara, á otros aventureros su persona, en quanto Uvo de peligro, sin escusar trabajo ni desvelo y habiendo entrado aquí con su Galeon, y despues el harmada de Inglaterra, acudió en quanto pudo á la defensa de los baxeles y á las demas que ubo en que emplearse.»

Más explícita está aún la certificacion de D. Fadrique de Toledo, marqués de Villanueva de Valdueza y capitan general de la Armada, quien dice en ella: «En el cuartel de San Bento puse tres tercios que por dos partes abrieron trincheras á la Plaça, por la una caminaban los dos juntos, por la otra el de Napolitanos del dicho Marques que él tuvo á su cargo en que assi mismo se plantaron algunas baterias procedieron tambien y dieronse tanta priesa que me era necesario usar antes de la rienda que de las espuelas. Tengo al Marques, añade, por persona de conocido valor y de tales partes que puede esperarse de el mucho y que cumplirá siempre con las obligaciones de su sangre como asta aqui lo a hecho.»

Aún continuó sirviendo en la Armada del Océano á pesar de sus instancias para volver á Nápoles, donde parece que andaban algo descuidados los asuntos de su casa; pero en 1629, despues de haberse distinguido notablemente en Cádiz al intentar los ingleses el incendio de nuestra escuadra, ya aparece en Italia muy recomendado por S. M. al duque de Alba, Su virey y capitan general en aquel reino. Se conoce que se había cansado del servicio y papel de maestre de campo, porque hasta 1631 no se le ve figurar en ningun despacho ni título del Códice.

En ese año se formó un nuevo tercio de infantería italiana y un cuerpo de caballería con destino al Palatinado, cuyo mando, ya, como se ve, más extenso é importante, se confirió al Torrecuso, á quien vemos desde poco ántes usar tambien el título de duque de San Jorge, que despues había de llevar su malogrado hijo hasta su muerte en la batalla de Monjuich.

Con ese cargo sirvió cuatro años al lado del duque de Feria, del Cardenal Infante y del marqués de Leganés, siempre con distincion y estimado, á punto de aparecer en el Códice varias disposiciones en que se manifiesta el aprecio que el Rey y sus lugartenientes en Italia y Alemania y Flandes hacían de su persona. Existe entre esos notables documentos una representacion del Cardenal en que se ven señalados los servicios que el Torrecuso prestó en aquella época, una de las memorables de su carrera, por lo que la insertamos íntegra:

«Señor, dice.—El Maestre de Campo el Marques

»de Torrecuso del Consejo Colateral de V. Magestad en el Reyno de Nápoles ha servido á V. Magestad con el valor, fineza y aprovacion que dizen sus papeles de 24 años a esta parte en mar y tierra señalándose con particular demostracion y recibido heridas en las ocasiones en que se ha hallado, y últimamente deseoso de continuar sus servicios en la jornada de mi pasaje vino de Napoles por Maestre de Campo de un Tercio de Infanteria Napolitana, habiendolo sido otras dos veces en la armada real y con titulo de Gobernador y condutor de seis mil infantes y quinientos cavallos, y trecientos escudos de sueldo, que son los que le tocan por el Consejo Colateral, y estando para partir el Duque de Feria a Alemania con el exercito que llevó á su cargo, pasó con el, y en aquella campaña y en la de mi pasaje ha asistido y servido siempre con mucha fineza, y en la batalla de Nerlingen dado muestras de su valor y experiencia, y aunque sus muchas partes obligan a mantenerle en el servicio de V. Magestad por el fruto que en todas ocasiones se podrá sacar de su persona y consejo, como las ordenes de V. Magestad son tan expresas para el numero de los Tercios que ha de haver de cada nacion en estos estados, he mandado reformar el del Marques ajustándome en esto a la execucion de ellas, y así va aora con lizenzia mia a esa Corte para representar a V. Magestad sus servicios y por el gusto y fineza con que devaxo de mi mano los ha continuado Supplico a V. Magestad muy encarecidamente se sirva de honrrarle y favorezerle en las pretensiones que tuviere con la demostracion de vida a su calidad y servicios que para mi será de mucha estimacion.—Guarde nuestro Señor la católica y Real persona de V. Magestad como desseo y he menester, en Bruselas a 12 de Abril de 1635.—Señor.—Obediente hermano de V. Magestad.—El Cardenal Infante.»

En Julio de 1635 era nombrado capitán general de la artillería afecta al ejército de Alemania que había de mandar el conde Juan Cervellon, y en su ausencia el marqués de Villanueva del Fresno y de Celada. Pero se dilataba la organizacion de aquel ejército, é impaciente el Torrecuso, voló á Milan, sirviendo con una pica y al frente de un escuadron volante en socorro de Valenza del Pó y Frascarollo, donde los duques de Saboya y Parma y el mariscal de Crequi vieron burlados sus proyectos contra el Rey Católico. Su comportamiento en Valenza debió ser heróico é influir grandemente en el éxito de la jornada, porque con fecha de 16 de Diciembre le escribia el Conde-duque una carta que copiamos, primera de las que de aquel personaje se encuentra en el Códice: «Ya respondí á V. S., dice, á la carta en que me avisó de su llegada á Italia aprovando el haverse detenido en ella hasta nueva orden, y

»aora con el feliz suceso que las armas de Su Magestad han tenido en Lombardia con la retirada del enemigo ha crecido la ocasion de estimar á V. S. tan gallarda resolucion, pues a su valor se ha devido tanta parte de la faccion. V. S. se asegure de que lo conoce assi Su Magestad y que en su real atencion estarán siempre presentes los méritos de V. S., á quien doy el pesame de la muerte del Marques de Celada, pues en su valor y partes es sin duda que se ha hecho perdida de consideracion. Dios le tenga en el cielo y guarde á V. S. como desseo.—Madrid a 16 de Diciembre de 1635. Doy a V. S. muchas gracias y monstreveos de quanto obro por su persona y valor en el buen suceso de Valenza.—Juan Gaspar de Guzman.—Señor Marques de Torrecuso.»

A consecuencia, sin duda, de su brillante comportamiento en aquellas jornadas, fué nombrado por el marqués de Leganés en Noviembre del mismo año *por cabo y gobernador de la infanteria y caballeria de todas naciones que se juntaren en Mortara y tierras al contorno de la Lomelina y Vigebenasco, para que en ella pueda obrar segun el lugar que dieren los accidentes.*

El objeto era mantener la plaza de Mortara que amenazaban los aliados del Saboyano, cubriendo los pasos del Agogna á vanguardia de aquella fortaleza, para lo que se dieron al Torrecuso las instrucciones más minuciosas, fijadas en un consejo de guerra celebrado al formarse aquel ejército cuando se supo el numeroso con que el enemigo se proponía invadir el Milanésado.

Despues de tantas dilaciones, aún cuando útiles para el servicio del Rey en Italia, llegó por fin el dia en que se hiciese cargo de la artilleria del ejército de Alemania, abocándose ántes, segun manifiesta una Real orden, con el conde de Oñate, embajador en el Imperio, á quien iba muy recomendado por S. M. Poco tiempo permaneció allí y en Hungría, porque en 20 de Diciembre de 1636 era llamado con urgencia á España, y en 7 de Agosto del año siguiente destinado al ejército de la Tierra de Labourt, que mandaba el duque de Nocera, como teniente general de la caballería primero, y despues, en Setiembre, para que, poniéndose en comunicacion con el duque en Fuenterrabía, reconociese la frontera de Francia y asistiese al Consejo en que habría de determinarse el plan más conveniente para dar seguridad á los puestos que guardan aquella comarca.

A esta última orden acompañaban instrucciones bastante detalladas del objeto y fines del reconocimiento que se prevenía al Torrecuso, quien un mes escaso más tarde daba cuenta de su comision en un escrito que la índole del presente nos impide trasladar á este sitio.

Y aquí empieza uno de los períodos más intere-

santes de los varios históricos á que se refiere el Códice, el que comprende el ataque de Fuenterrabía por el príncipe de Condé, la defensa memorable ejecutada por su guarnicion y la batalla con que el ejército real obligó á los franceses á levantar el sitio; suceso, este último, en que llevó la mayor y más gloriosa parte el marqués de Torrecuso.

### III.

Desde el año de 1635 en que se había declarado la guerra entre Francia y España, la frontera de Guipúzcoa y Navarra había servido tan sólo de teatro á pequeñas operaciones militares, fija la atención de los dos gobiernos enemigos en las importantísimas que se ejecutaban en Flandes y Picardía, en la Alsacia é Italia.

Si en alguna de esas regiones no ayudaba la fortuna á los españoles, abrumados por el número y las dificultades que en todas se les oponía, compensaban con creces á los reveses que en ella pudieran experimentar las ventajas y la gloria que adquiría en las fronteras de Flandes y Alemania el cardenal infante D. Fernando de Austria, hermano, como ya habrán observado nuestros lectores, del monarca español.

Sólo en nuestro suelo pueden darse al olvido las proezas de aquel eminente príncipe, que muy joven todavía y cuando se precipitaba España por la ya rapidísima pendiente de su decadencia y se veía sin talentos á su servicio ni soldados que enviar de su seno á los campos de batalla, arrojó la inmensa responsabilidad de salvar, al ménos, los restos de aquella grandeza que había empezado á desmoronarse en las manos de nuestros más hábiles estadistas y de nuestros primeros capitanes. No había cursado el arte de la guerra, pues que desde niño se le destinó á la Iglesia; sus ejercicios á no otro pensamiento se dirigían que al de la oracion; parece que debiera haberse apagado en su pecho el sacro fuego de la milicia, tan intenso en el del Emperador su bisabuelo y que iría gradualmente á extinguirse en otro Carlos, Agustulo de la dinastía española; y, sin embargo, en D. Fernando pudo observarse el destello del genio que actúa por sugerencias del talento reforzado con el estudio y la meditacion. Los Oranges fueron derrotados en uno de sus más ilustres representantes; recobró las conquistas que los franceses y los holandeses mismos habían llevado á cabo durante el gobierno de la archiduquesa Isabel Clara Eugenia, y aún tomó á los primeros plazas importantes dentro de su propio territorio; y sin las defecciones que, como dijimos al principiar este escrito, con tanta frecuencia experimentaba España de sus súbditos aliados, hubiera quizás cambiado por completo la suerte de las armas.

Sin otras muestras de su genio militar, de la que

en él se hizo muy pronto pericia consumada, la victoria de Nordlingen bastaría para darle la gloria de los héroes y el renombre de hábil y entendido estratégico.

Su temprana muerte en 1641, cuando más fuerza cobraban los movimientos de separacion de Cataluña y Portugal, fué como el sello puesto á la humillacion de España, vergonzosa cual ninguna otra en aquel siglo de desventuras.

Las defecciones á que ántes hemos aludido, paralizaron, como era natural, en gran parte la accion del Cardenal, y Luis XIII, ó, por mejor decir, su célebre ministro, las aprovechó para extender el huracan de la guerra á comarcas en que pudieran sus estragos hacerse más sensibles á nuestra patria. Entónces se dispuso la grandiosa expedicion contra la plaza de Fuenterrabía, centinela avanzado de nuestra frontera pirenaica en sus términos occidentales.

Dirigíala el príncipe de Condé; y tan avisado y prudente anduvo en sus preparativos y primeros movimientos de la campaña, que se negaban rotundamente en la corte cuando el ejército frances había cruzado el Bidasoa y plantaba sus reales en derredor de Fuenterrabía, abandonada á sus solas fuerzas y sin esperanza de socorro en largo tiempo.

Todo el mundo conoce las peripecias de aquel asedio tan bizarramente sostenido por la guarnicion y vecindario de Fuenterrabía, cuyas fortificaciones, si entretenidas y aumentadas en el reinado de Carlos V, se hallaban entónces en el mismo abandono que todas las de la frontera se han visto en las ocasiones más críticas.

El Gobierno, excesivamente confiado en los momentos de la amenaza, anduvo, es cierto, diligente y eficaz en los del peligro, disponiendo la formacion de un ejército que arrojara á los franceses al otro lado del Bidasoa. Pero insiguiendo las prácticas de aquel tiempo, y obediente á la rutina que la importancia que entónces se daba á cualquier mando imponía para el de los ejércitos dentro de las circunscripciones militares, creó una especie de dualismo en el del ejército de socorro. El almirante de Castilla, como capitán general de Castilla la Vieja, recibió el encargo de la empresa con todas las tropas de las distintas provincias que se le encomendaron para su organizacion y manejo, mientras el marqués de los Velez, virey de Navarra, y que por el pronto debía cerrar á los franceses la frontera de su Gobierno, habría despues de presentarse en Guipúzcoa para, aún siendo igual suyo, ayudar al almirante.

¿Produciría esto las etiquetas y disgustos que en otras ocasiones, tan solemnes quizás como la del socorro de Fuenterrabía? El Padre Moret, el obispo Palafox y con ellos el Sr. Bernal de O'Reilly, último

historiador que conozcamos de aquella memorable jornada, se esmeran en proclamar la union y la cortesía que reinaron entre los dos caudillos; nosotros nos concretaremos á transcribir uno de los despachos del código que vamos examinando, el cual pone de manifiesto el temor que al ménos debió asaltar al rey Felipe IV de que no se mantuviese mucho tiempo aquella armonía, más necesaria entonces que nunca. Dice así el despacho:

«El Rey.—Marqués de Torrecuso de mi Consejo de Guerra, si bien de las obligaciones del almirante de Castilla y del marqués de los Velez estoy cierto que continuaran la buena correspondencia con que han procedido en la disposicion de lo que han de obrar para la asistencia y socorro de la plaza de Fuenterrabia todauía ha parecido encargarnos y mandaros como lo hago que por vuestra parte hagais todos los buenos officios que fio de vuestra atenzion para que se asegure la conformidad del Almirante y Marqués y la direccion de lo que se ha de executar como conviene á mi servizio y que no se pida más gente que lá inescusable gobernandoos en todo con la atenzion que fio de vuestra prudenzia y celo de mi servizio que en ello le rezivire de Vos y avisareis lo que se ofreciese para tenerlo entendido. De Madrid á 16 de Agosto de 1638.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro Señor.—Don Fernando Ruiz de Contreras.—Al Marqués de Torrecuso se encarga procure que entre el Almirante y Marqués de los Velez se continue la conformidad con que se goviernan.»

Entre tanto, Fuenterrabia era atacada con el mayor brío, empleándose contra ella todos los ingenios propios para el ataque, potísimos ya en aquella época.

Al establecimiento de las tropas francesas en derredor de la plaza á fin de incomunicarla con el país, había seguido la apertura de las trincheras que resguardasen el ejército de las salidas de los sitiados y de los asaltos exteriores que naturalmente esperaría Condé. No tardaron tampoco en aparecer las baterías que habían de romper el fuego contra la plaza; y viendo los franceses que se les contestaba débilmente por los cortísimos recursos con que debía contar Fuenterrabia en cuanto á material de grueso calibre, apresuraron las obras de aporche á cuyo favor podrían emprender la apertura de las brechas.

No cesaban los sitiados en sus salidas, ya para estorbar las obras, ya para adquirir noticias, así de las fuerzas del enemigo como de las que el Gobierno español enviase al socorro de la plaza y de sus posiciones, intentos y esperanzas. Pero á los doce dias de haberse presentado Condé en la izquierda del Bidasoa y al frente de la valerosa ciudad, rom-

pían el fuego sobre ella siete piezas de grueso calibre emplazadas en las alturas próximas de Gracia y la Magdalena.

Dos dias despues era cuando el Almirante salía de Madrid con una lucida comitiva y la diligencia que permitían los medios entonces existentes de locomocion. Afortunadamente se encontraba no léjos el coronel D. Diego de Isasi, que despues de un encarnizado combate sostenido en las inmediaciones de Irún para estorbar á los franceses la entrada en España, se había retirado á Hernani; y el 13 de Julio, esto es, un dia despues de haber comenzado su fuego las baterías de los sitiadores, entraba en la plaza su gobernador, D. Miguel Perez de Egea, con un refuerzo de 150 irlandeses y varios vecinos de la poblacion que corrían á su defensa. Con decir que los había procedentes de Sevilla, se comprenderá el espíritu de que iban animados para defender el honor de sus solares que amenazaba manchar el extranjero con sus atropellos de costumbre.

Pero ¿qué podía tan débil refuerzo, ni qué le sería dado hacer á Isasi en su incansable actividad contra los ataques repetidos de ejército tan poderoso y las expediciones que sin cesar dirigía éste á las comarcas vecinas con el objeto de impedir el socorro y hasta la reunion de víveres para las tropas que habrían de efectuarlo? Ni las salidas de los de Fuenterrabia, ni las algaradas de Isasi, lograrían resultado alguno grande y mucho ménos ejecutivo. Así es que el dia 26, cuando los sitiados recibían el primer aviso de la llegada del Almirante á Hernani, eran los enemigos dueños ya del foso que circuye el baluarte de la Magdalena y preparaban una mina con que derribar el muro y abrirse ancho paso al interior de la plaza.

No era la empresa lo fácil que Condé creía. Los sitiados, valiéndose de cuantos recursos podían proporcionarse, escasos y hasta impropios, pero reforzándolos con el ingenio y el valor que jamás se abatieron en sus esforzados ánimos, ya contraminando sus muros; ya cubriéndolos con sus pechos, bien arrojando á los asaltantes todo género de proyectiles, bien rechazándolos con sus espadas y picas, burlaron sus proyectos é impidieron la terminacion de las obras.

Allí nadie estaba ocioso; ocupándose los inermes en los trabajos que no requería la lucha personal, en el auxilio de los heridos, el aprovisionamiento de los víveres y municiones en las baterías y las minas, y la confeccion de municiones y fuegos artificiales. Los ancianos y niños eran los destinados principalmente á estas labores; porque las mujeres se ofrecieron desde el primer dia para más árdua, importante y peligrosa tarea.

Dice el P. Moret en su excelente libro sobre el

sitio de Fuenterrabía: «Mas aquel mismo día sobresalió en gran manera el valor de las mujeres de Fuente-Rabía; pues cien de ellas armadas en traje de hombres, unas con lanzas, otras con escopetas, en forma de esquadron salieron á la Plaza, y puestas en presencia del Gobernador, le instaron les señalase puesto y porcion de Muros, para defenderlos; que harían de su parte lo possible para que jamás le peggasse de la asignacion. Con grandes victores celebró la Tropa así el trage, como el ánimo varonil. Aplaudiólas el Gobernador, diciéndolas, que conservassen para la última necesidad ánimos tan sobre su sexo; que se valdría de ellas si llegasse el lance; que entretanto más deseaba la conservacion de su vida que exponerla sin necesidad al Enemigo; y que aunque se les negaba destacamento en los muros, no por eso había sido inútil su ardimiento, pues habían inspirado en los hombres fortaleza y valor con un exemplar tan memorable, y acreedor á la alavanza de los venideros. Pero no obstante no dexaron ellas de ayudar en los mayores peligros, trayendo céspedes y piedras con grande afan ya en todo el tiempo de el sitio, ya tambien principalmente este mismo día; porque el gobernador Eguía había mandado tertraplenar el Portal de Santa María, como que no era de especial uso, y repartida la tropa en tantas guarniciones podía servir de inconveniente.»

¡Ejemplo no raro, ciertamente, en España desde el cien veces ofrecido á la admiracion del mundo por las gallegas y las cántabras en la lucha dos veces secular contra los romanos, por las de Orihuela en presencia del hijo de Muza, y las de Zaragoza, Gerona y Bilbao en la centuria actual, defendiendo, ahora cual ántes sus lares, el propio honor y el de la patria!

Pero como no concluía de reunirse el ejército en fuerza suficiente para intentar el socorro, y eso lo sabían los franceses, continuaron los trabajos de mina, no por una ya, sino por varias partes del muro; se plantaron baterías de muchas y grandes piezas que batieron el castillo y abrieron brecha en los baluartes, y se hizo pasar á la izquierdá del Bidasoa mayor golpe aún de arcabuceros y piqueros para proceder al asalto de la plaza y al resguardo del campo. Así trascurrieron días y días hasta el funestísimo 22 de Agosto en que, para colmo de desdichas, fué incendiada en Guetaria la escuadra de Don Lope de Hoces, esperanza la más halagüeña acaso que abrigaron los defensores de Fuenterrabía. Parecía, pues, que debían acabárseles todas, muerto su gobernador Perez de Egea, tan hábil como valeroso, y destruidos los navíos de que esperaban vituallas y refuerzos, cuando, por el fuego con que el marqués de Mortara despedía á los franceses de Jaizquibel, llegaron los sitiados á com-

prender la reunion del Velez con el Almirante y el principio de las operaciones que habrían de sacarles de la apuradísima situacion en que se miraban. Había llegado el momento elegido por el Romano-cero de aquella victoria para decir:

«De Marte aquí el patrimonio  
 »Entre clarines y caxas  
 »Vinculó juro de plomo,  
 »Y pagó pechos de balas.  
 »Al bellico retintin  
 »El Torrecusso y Mortara,  
 »Al Príncipe de Condé,  
 »Presentaron la batalla.»



¿Era, sin embargo, suficiente la fuerza de ámbos caudillos para intentar un movimiento decisivo? La corte lo consideraba así, y lo demuestra la Real orden que á continuacion copiamos; pero bien examinado todo, ni se habían reunido las tropas mandadas allegar en Castilla y Cataluña, ni estaban dotadas en su mayoría de las condiciones que les concedía el despacho.

«Marqués de Torrecuso, dice, de mi Consejo de Guerra y governador de las armas que se han juntado en Navarra ase visto vuestra carta de 29 de Agosto en que representais el cuydado con que tratáis por vuestra parte de la disposicion del socorro de fuente rrvavia y os doy gracia por el deseo con que estais de que se consiga y de vuestro celo y obligaciones y del valor con que siempre haveis procedido estoy cierto que en esta ocasion os señalaréis de manera que tenga efecto pues quando se ha visto lo que han hecho mis armas en otras partes con fuerças sumamente ynferiores y contra la mejor jente no habiendo ay de aquella calidad ninguna conforme á todas las Relaciones y siendo muy poca la de buena calidad conforme á ellas y la nuestra por lo menos un tercio mas que la suya y de buena calidad como la que ellos tienen más de la mitad; no es posible dar mexor satisfecho sin que la plaça sea socorrida estrechando al enemigo y acometiéndole por muchas partes y sería posible que sin esto último se abriese puerta pues arrimándose al enemigo se acerca tan bien á los diques por donde ay camino aunque sea travajoso para meter quanto socorro se quissiere todo lo qual no esponerse á riesgo del trançe de una batalla sino es tomando puestos y estrechando al enemigo de manera que con esto se disponga lo que se desea y assi lo tendreis entendido para que de vuestra parte ayudeis á lo que fuere menester obrar con la atenzion y buenos medios que me prometo de vuestra esperiencia en lo militar en Madrid a 2 de Septiembre 1638—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro Señor—Don Fernando Ruiz de Contreras.—Al Marqués de Torrecuso Respuesta.»

Tan no lo consideraban así los generales en Hernani, que, despues de largos y acalorados debates, aún con el aguijon de los avisos y cartas de los de Fuenterrabía pintando con los más negros colores la apuradísima situacion en que se hallaban con las brechas abiertas, escasez de municiones y mayor aún de víveres, grande mortandad é intimaciones diarias de rendirse so pena de ser pasados todos á cuchillo, decidieron acercarse tan sólo al campo de los franceses para dar ánimo á los sitiados, imponer á los sitiadores y preparar el futuro combate, en cuyo éxito no tenían verdaderamente una confianza completa.

Viendo despues que los asaltos que sin interrupcion se sucedían, aunque rechazados valientemente, habrían por fin de traer la pérdida de la plaza, resolvió el Almirante hacer un esfuerzo, al que además le impulsaban los despachos que á cada instante recibía de la corte. Ya se hallaban las tropas preparadas, y el Torrecuso, tan ardiente en el campo de batalla como en el consejo, se disponía á lanzarlas sobre las trincheras enemigas, cuando sobreviniendo una tempestad *porfiada y á cada instante más atroz, tempestad de niebla primero, deshecha en agua despues; cuajada de granizo y acompañada de continuado trueno, como dice Moret, y una especie de relámpagos rara*, fué á estorbar por varios dias tan hábil como bien meditada empresa.

Las tropas encumbradas al Jaizquivel se dispersaron á punto de no poderse mantener unido un peloton siquiera asaz considerable, cayendo los soldados en el mayor abatimiento con el rodar, en su fuga, por los montes y el caer en los arroyos hinchados por la lluvia, y abismándose los jefes en la desesperacion más honda con tan desconsolador espectáculo.

Torrecuso debió dar al Almirante aviso tan triste de aquel contratiempo, y pocos dias despues recibía la Real órden siguiente:

«El Rey.—Marqués de Torrecuso de mi consejo de Guerra y Governador de las armas que se han juntado en Navarra, Visto se ha lo que escrevís Al Almirante, en carta de primero deste, refiriéndole que el Agua que havia caído era tanta, que havia obligado aquella ynfantería se retirase en tanto grado, que en algun terçio no havían quedado cincuenta soldados, que haviades embiado los oficiales á recogerlos y que en estando juntos Remitiades Relaçion de los que fuesen y apuntais, haviades entendido que los Provincianos enseñaban los caminos á la ynfantería por el interes que les davan, y deçís al Almirante (os) dava cuydado ver la Artillería en el cuartel donde se había puesto, y que juzgávades por necessario fortificar y poner en buena defensa á los Pasajes y San Sebastian; y haviéndonosme conssutado sobre ello

»por mi consejo de Estado y guerra pleno, he Resuelto adbertiros, que si bien no es de dudar que el accidente que ha sobrevenido sería de algun ympedimento para lo que se havia de executar y que desazonaría la gente la inclemencia del Agua, con todo he llegado á oír con admiracion que estando el enemigo. Siliando con gente de peor calidad, que la nuestra sin Reconocerla, ni sus fortificaciones, ni el número de ynfantería, que tiene (os) abandoneis, llegando adudar si contanta gente como se tiene en esse Exercito se ha de poder defender los puestos sin entender en ganarlos sobre el enemigo, en la Plaza y en Irun; con que si esto se consiguiese se le dejaría cortado y podría tratar demas antes; y despues de que es bien esteis enterado, y que un turbion de Agua como el que ha sobrevenido no (os) deve caussar tanto espanto como ynsignuais, pues tales accidentes suelen ser muy ordinarios, y huviera sido bien supuesto que nosotros hemos recibido daño haver reconocido el que tubo el enemigo, estando en mucho peor puesto y El que le havia caussado para que con esta notiçia pudiessedes discurrir con mayor fundamento lo que se pudiesse obrar; pues no deçís nada, desto ni tampoco de Abançar por la parte de la eminencia, para tomar puesto, fortificarle y disponerle, para en todos subçesos, y accidentes, todas cossas que me admiran, con Razon; y tambien que en un Exercito compuesto de tanta gente nueva, se pongan tan pocos cavos como se refieren, deviendo ser los Terçios de á 500 hombres y de 1.000 a lo más largo mezclados de oficiales viejos de los que allí fueron: y sin embargo que sobre este último escrivo Al Almirante (os) lo he querido deçir á Vos como persona que ynterbenis en todo lo que se ha disponiendo, pues la direction es tan sustancial para que la gente nueva sca de mas servicio de Madrid á 3 de Setiembre de 1638.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro Señor.—Don Fernando Ruiz de Contreras.—Al Marqués de Torrecuso sobre lo que escrebio al Almirante.»

Para cuando llegó á su destino la anterior reprimenda, se había dado la batalla que libertó á Fuenterrabía de la opresion que sobre ella intentaban los franceses, y el ejército de socorro se alojaba en la heroica villa, por cuyas brechas había entrado la caballería para honor y gala de sus bravos defensores.

«Había padecido y tolerado, dice el obispo Palafox, aquella valerosa gente en sesenta y nueve dias de sitio más de once mil cañonazos, cuatrocientas bombas, seis minas voladas, otra prevenida para darle fuego, tres asaltos generales, trescientos muertos de la villa, vengados con mil y setecientos que mataron de los enemigos. Obraron, continúa, los capitanes y soldados en el deseo y afi-



»cion de conservar la plaza, como si fueran vecinos  
 »y pelearan por sus hijos, mujeres y haciendas, y  
 »los vecinos de la villa como si hubieran sido siem-  
 »pre de profesion soldados; y verdaderamente lo  
 »mostraron en la experiencia, disciplina y valor,  
 »concurriendo las mujeres y los niños con esfuerzo  
 »rarísimo, sin que en todo el sitio, con hallarse el  
 »enemigo acuartelado á los quince días de él den-  
 »tro del foso y haber comenzado á picar la muralla  
 »y batirla tan de cerca, hubiese en la plaza primer  
 »movimiento de rendirla; dando ejemplo utilísimo á  
 »la disciplina militar de estos tiempos, que no cum-  
 »plen los Gobernadores de semejantes puestos con  
 »hacer lo bastante, si no llegan á hacer lo posible.»

El Almirante escribía al Rey:

«A Los de la villa se las dimos (las gracias) en  
 »nombre de V. M. del valor y constancia que habían  
 »mostrado tan grande en la defensa de tanta consi-  
 »deracion en un sitio tan apretado de setenta días,  
 »deviéndose al Gobernador Domingo de guía con  
 »sus oficiales y soldados, y á los Alcaldes y vecinos  
 »della reconocer por causa destes felices subcesos,  
 »aviendo resistido á muchos asaltos, en los quales  
 »las mugeres, no cediendo al balor de sus maridos  
 »y parientes, se exponian ellas mismas á los mayo-  
 »res peligros de la guerra, sufriendo la confusion de  
 »los daños de las vonvas en sus casas y la continua  
 »artillería de las vaterías...»

Con estas relaciones á la vista, los comentarios  
 sobran.

No confiesan los franceses su derrota lo paladi-  
 namente que nuestros historiadores la proclaman.  
 Pero ninguno trata de desfigurarla con la originali-  
 dad y travesura que el Sr. Cénat Moncaut al des-  
 cribir la ciudad de Fuenterrabía en su tan conocido  
 libro de *L'Espagne inconnue.—Voyage dans les Py-  
 rénées de Barcelone á Tolosa*. Las causas del venci-  
 miento de Condé no pueden ser ni más nuevas ni  
 más peregrinas.

«Llega, dice, el día del asalto. Se ignora la razon  
 »de por qué Lavalette deja para el día siguiente la  
 »operacion de que estaba encargado. El príncipe  
 »de Condé, furioso, le quita el mando y se le da al  
 »arzobispo. Lo acepta éste con la mejor voluntad y  
 »ordena el asalto; pero hé aquí que dos regimien-  
 »tos muy partidarios de Lavalette, demasiado par-  
 »tidarios suyos en aquella circunstancia, se niegan  
 »á avanzar hasta que se les satisfagan sus sueldos...  
 »¡Excelente ocasion!... La nobleza de la Guiena toma  
 »parte en el motin; el almirante de Castilla aprove-  
 »cha el desórden y cae de improviso sobre un cuer-  
 »po de franceses que se retira. Su jefe, M. de la  
 »Force, trata de resistir con solos sus criados;  
 »Condé envía algunas compañías á sostener el punto  
 »atacado; pero ¡ay! la traicion se une á la desobe-  
 »diencia. Lavalette, arrastrando sus soldados al

»lado de los españoles, los lanza contra las tropas  
 »de Condé, á quien detesta, y los Franceses se ba-  
 »ten contra Franceses bajo el fuego mismo del ene-  
 »migo que los hostiliza... Los españoles no pierden  
 »la ocasion; invaden el campamento por otro lado,  
 »dirigidos por Mortara y Torrecusa, y el *sálvese*  
 »quien pueda se hace general en nuestras filas.»

Pero ¿qué extrañeza ha de causarnos esta rela-  
 cion en la pluma de quien traslada el combate na-  
 val de nuestro Guetaría á las aguas de *Guétary en-  
 tre San Juan de Luz y Fuenterrabía?*

Cuál fué la conducta de Torrecuso como maestre  
 de campo general en aquellas jornadas, se ve en las  
 historias que hemos citado y en la, aunque breve,  
 elocuente relacion que de ellas hizo en *La Asam-  
 blea del Ejército y Armada*, el comandante entónces  
 de estado mayor D. Hermógenes Samaniego. Ni uno  
 solo de esos escritos deja de atribuir al valiente y  
 talentoso marqués la gloria mayor del socorro dado  
 á Fuenterrabía, así con sus discursos acalorados en  
 los consejos de guerra que se celebraron en el cam-  
 pamento, como en el uso que hizo de los navarros,  
 castellanos y napolitanos que se pusieron á sus ór-  
 denes, segun el ardor ó la disciplina de cada uno de  
 ellos.

El Almirante y el de los Velez, en su carta del  
 12 de Setiembre, decían al Rey:

«El marqués de Torrecuso teniendo más de las  
 »confusiones que de noche suelen proceder, par-  
 »ticularmente cuando las faciones las an de ejecu-  
 »tar soldados nuevos, no mudava su opinion, de  
 »que se hiciese de día donde el valor obrando por  
 »sí mismo podrá passar á otros con el exemplar, y  
 »en la órden mejor que se ternia, y con más facili-  
 »dad á la facion que se intentasse.»

El P. Christóval Escudero decía en su relacion  
 del 14 de Setiembre que á Torrecuso se debía par-  
 ticularmente aquella facion; y Alonso Martinez de  
 Aguilera, del escuadron volante que gobernaba el  
 Torrecuso, le llamaba el *dueño de aquel suceso*.

La corte premió largamente sus servicios. No lo  
 refieren esas historias, pero sí el Códice.

En 15 de Setiembre se le pasó una Real órden  
 manifestándole lo satisfecho que se hallaba S. M. de  
 los servicios que habia prestado, y haciéndole mer-  
 ced de un feudo de los que el Rey tenía en Italia con  
 el título de duque ó príncipe, el que eligiese para  
 su casa; y el 3 de Octubre se le otorgaba el de prin-  
 cipe, diciéndole que S. M. lo hacia *de muy buena*  
*gana como vendria en qualquiera cossa que fuera*  
*hacerle merced por lo satisfecho que se hallaba del*  
*valor y aprovacion que havia servido en las ocassio-*  
*nes pressentes del sitio de Fuente Ravia.*

En Agosto de 1640, á consecuencia de habersele  
 manifestado cuántos escudos de ventaja queria dis-  
 frutar sobre sus sueldos por sus anteriores servicios

y particularmente por los prestados en Fuenterrabía, se le concedieron tres escudos al mes, según él mismo propuso, llevado, sin duda, de la idea de que sólo podía aceptarlos, como en ocasiones pasadas, en concepto de una muestra de la real munificencia y de recuerdo por sus méritos.

No ménos halagüeñas debieron parecerle las muestras de aprecio que recibió durante el sitio y mucho después del poderoso valido de Felipe IV.

En una carta del 30 de Julio de 1638, le decía Olivares en posdata autógrafa lo siguiente: «Así fueran los que han de ir con V. S. todos como V. S., que no me quitaría á mí el sueño el suceso; mas temo no se quede V. S. solo. Dios no lo querrá.»

En otra del 15 de Setiembre se ve también una posdata autógrafa del mismo Olivares, que dice: «Señor Marqués, pagado quedo de mi buena voluntad de servir á V. S., y prendado y obligado á servirle: muchísimos mill parabienes y mill gracias juntas doi á V. S. de tan glorioso suceso.»

En otra del mismo día, pero del año siguiente de 1639, con motivo de haberse suscitado entre Torrecuso y Balbases una querrela por no hacer éste que se tratara á aquel de Excelencia, le decía Olivares... «porque V. S. procede y ha procedido en quantas partes se ha hallado de manera que un hombre no puede desear mas que tenerle á su lado en cualquiera ocasion grande, porque le dió Dios valor tal que no solo se puede esperar que venza lo factible sino que resucite un muerto con su gran resolución y acciones. Traslado á Fuenterravía.» Y por posdata añade de su puño y letra: «Marqués, algo he de poder yo con V. S. que moriré por él. Marqués mio, yo no exijo á V. S. mas que esto y lo espero y yo sabré que tengo palabra suya de que hara quanto yo quisiere. Suplico á V. S. lo haga aprisa y con fruto.»

JOSÉ GOMEZ ARTECHE.

(Continuará.)

## DE LA POESÍA HERÓICO-POPULAR CASTELLANA, ESTUDIO

POR EL DOCTOR DON MANUEL MILÁ Y FONTANALS, CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA.—BARCELONA, VERDAGUER (XVL-481), 1874.

Figura hace años y en puesto muy principal entre los críticos españoles el erudito y laborioso profesor de la Universidad de Barcelona D. Manuel Milá y Fontanals, y su *Estudio sobre la lengua y poesía provenzal* llevó su nombre y autoridad á países extranjeros, de la misma manera que sus obras didácticas le han conquistado el respetuoso cariño de la juventud estudiosa, y sus afanes por las glorias de la antigua literatura de Cataluña la

estima de cuantos escuchamos los acentos de la Musa catalana con el enternecimiento con que se escuchan acentos maternos.

Ultimamente el distinguido profesor ha dado á la estampa el libro cuyo título sirve de epígrafe á este escrito, y el asunto, el renombre del autor, la manera de tratarlo y los resultados obtenidos en tan afanoso estudio, exigen que la atención de nuestros críticos y de los amantes de la poesía nacional se detenga, para medir la importancia del empeño y saborear los frutos obtenidos.

A tales fines enderezo este bosquejo expositivo y crítico, cuidando de advertir desde las primeras líneas que soy no sólo imparcial en el juicio, sino que temo pecar por prevención contra el autor y contra el libro, porque me separan del afamado escritor catalán divergencias radicales en punto á doctrinas estéticas, críticas é históricas, como consecuencia de las más hondas que nos apartan en materias filosóficas. Llévelo entendido el lector, por sí, contra mi deseo y mi deber, preocupaciones ó movimientos de irreflexiva simpatía, me arrancan juicios que no deben ser admitidos sino después de escrupulosa comprobación; pero en el asunto de que se trata en el libro no es de esperar que se trasluzca esta oposición doctrinal, mostrándose como se muestra el Sr. Milá tan amante de la epopeya castellana, y desplegando tanta diligencia y discreción para señalar sus caracteres y advertir sus merecimientos á los ojos de la crítica estética, y creyendo yo, que el asunto es interesantísimo, que no lo hay de mayor interés en la historia de la literatura nacional, que en la poesía heróico-popular está como en germen fecundo el posterior florecimiento de nuestras artes poéticas, y que toda labor es grata cuando redunde en honra de la nacionalidad, por cuyo motivo en varias ocasiones he procurado recordar las bellezas de la inspiración popular en los orígenes de la patria española (1).

Hoy no alcanzan gran favor estos estudios de orígenes y formación de tradiciones poéticas de los pueblos. No así hace algunos lustros. Las discusiones wolfianas, la escuela y el gusto romántico coincidieron en Alemania, Inglaterra y Francia desde la caída del Imperio Napoleónico hasta los últimos días del reinado de Luis Felipe (1814-1848), y en estudios críticos, literarios ó artísticos, filológicos y paleográficos, de igual modo que en elucubraciones

(1) 1838.—Carta á D. Emilio Castelar, con ocasión de las opiniones de M. Hinard sobre el poema del Cid.

1861.—Discurso sobre las tradiciones poéticas de Castilla, leído en mi recepción como catedrático en el claustro de la Universidad de Valladolid.

1868.—La poesía épica en la Antigüedad y en la Edad Media.—Madrid.—Estrada.

nes que tocaban á la estética ó á la historia, encaminadas todas ellas á depurar el origen y formacion de las literaturas, y se sublimaba la belleza estética de los primitivos y rudos monumentos de la inspiracion nacional. Aun en los años siguientes, muy en boga el principio de las nacionalidades y las teorías históricas y políticas que se servían de ellas, la erudicion y la crítica se afanaron por recoger, publicar, comentar y rejuvenecer cantilenas, gestas, poemas, leyendas y tradiciones referentes á la historia de las razas y nacionalidades que vivían ó habian florecido en Europa.

Hoy van por otros caminos las aficiones políticas, y siguen otros gustos los estudios históricos y estéticos, obedeciendo á la ley que dirige á diversos puntos las corrientes del entusiasmo público para que todos adelanten y progresen por efecto de esa sucesiva predileccion. Quizá se explique de esta manera que un libro tan español por el asunto y tan singular por su concienzudo desempeño, no haya despertado en el público la curiosidad ni recogido aún de la crítica el aplauso á que tiene indisputable derecho; pero el libro del Sr. Milá es de los que ganan con el trascurso del tiempo, y estoy seguro de que como un manual clásico se le consultará siempre por cuantos aspiren á conocer la historia de nuestra poesía popular, porque se encuentran en él todos los datos y noticias referentes al tema, puntualizados, juzgados y traídos con oportunidad al extremo para que sirven, que con ellos queda ilustrado ó decidido.

Una erudicion de Benedictino y un trabajo de valerosa perseverancia, mantenida con creciente entusiasmo por ideas hermosas y deberes sagrados, avaloran el libro del Sr. Milá desde la primera á la última página. No sólo los datos recogidos por la erudicion histórica desde los primeros cronistas, y las opiniones sostenidas por los criticos literatos, desde el marqués de Santillana hasta la Historia del malogrado profesor de Sevilla Fernandez Espino, encuentran lugar y ocasion para producirse en el libro de Milá; sino que uno por uno los romances coleccionados en la *Primavera* y en el *Romancero* de Durán han sido analizados, discutidos y agrupados segun su sentido y segun los elementos históricos ó artísticos que revelaban, tarea ímproba por lo larga y minuciosa, tarea que exige verdaderos sacrificios del autor al asunto, que por desgracia son muy raros en la historia de la erudicion contemporánea.

Sirve, en efecto, el *Estudio* de Milá de resúmen y complemento á todos los trabajos del presente siglo sobre nuestra poesía popular, y en sus páginas se sigue la historia de la critica contemporánea desde Sanchez y Moratin hasta Durán y Rios, desde Huber y Herder hasta Wolf, Hinard y G. Paris, pa-

sando por Schlegel, Hegel Clarus y Lemkhe. Es libro indispensable á los estudiosos, y de gran interes para los aficionados á las glorias de nuestra hermosa literatura popular.

Encabeza el libro una *Oracion* acerca de la literatura nacional, y con razon coloca el distinguido profesor este discurso al comenzar sus trabajos, porque en él se compendian las teorías y juicios sobre la literatura española, y que le guían en la monografia que sigue á continuacion. Nota Milá los caracteres generales de la inspiracion castellana en los primeros siglos de la reconquista; advierte el espíritu democrático de nuestras instituciones; señala la influencia del sentimiento religioso, y acariciando ya la tésis de este libro (IX), imagina que hubo en lengua castellana «himnos bélico-religiosos,» y lamenta el no saber siquiera la forma poética que vistieron aquellas piadosas y bellas tradiciones. «Pero si se han perdido, en el caso muy probable de que existieran, los primitivos cantares de estos y otros asuntos, continúa Milá, sabemos que se cantaron los hechos de los principales héroes de la poesía castellana, *viviente* expresion del espíritu nacional. Asi Bernardo del Carpio, Fernan Gonzalez y el leal y mal galardonado vasallo Rodrigo Diaz.

Despues de hablar de los personajes *típicos* de la antigua poesía heróica, indica Milá las influencias que se dibujaron en la historia literaria, rechazando opiniones extremas respecto á la francesa, á la hebraica y arábica. Tocando en sus últimos dias la Edad Media, comenzaron á recibir su actual estructura (hacia el siglo XIV) los romances, preciosísimas rapsodias, *gérmen ó fruto*, segun opuestos pareceres, de la epopeya heróica, y que fueron ó *feliz engendro del maridaje de los dos periodos, ó legado de los antiguos tiempos*, á los últimos de la Edad Media que en él imprimieron el sello de elegancia que solian ofrecer sus obras (pág. XIX). «Mientras se *reformaban* ó se *componían* los romances, etc.»

No necesito continuar el extracto. En los conceptos señalados están con toda claridad expuestas las dudas críticas que trabajaban el espíritu del distinguido profesor, y á resolverlas consagró el Estudio que apareció diez años despues de formuladas en la *Oracion* inaugural.

Esta noble perseverancia en el estudio de un problema literario, que no se cansa ni distrae por el trascurso de los años, es siempre rasgo meritorio y envidiable en el literato; pero mucho más en estos dias en que, solicitados de mil modos por el bullicio de las ideas y de los sucesos, más seguimos la corriente exterior y extraña, que perseveramos en la ordenada educacion é instruccion de nuestro espíritu, segun las necesidades que él mismo revela, formulando esas dudas y sufriendo en esas perple-

tidades que el de Milá declaraba en 1865 y que le obligaron á la tarea terminada en 1874.

Con esta clave ya se adivina el asunto del libro. Lo plantea Milá (después de recordar en una extensa noticia bibliográfica las doctrinas y los juicios de cuantos críticos se han ocupado directa ó incidentalmente de la poesía heróico-popular) preguntando en los términos siguientes (pág. 106):

A. ¿Existió en la poesía castellana una epopeya en el sentido de sistema (indígena ó aclimatado) de relatos extensos?

B. Los romances de asuntos cídicos que ahora poseemos, ¿son tradición no interrumpida más ó menos modificada de otros primordiales anteriores á los relatos largos?

C. Los relatos largos, ¿fueron á su vez formados de romances primordiales?

Conocido el cuestionario, veamos los estudios y soluciones del distinguido profesor.

#### A. I.

Procede Milá de una manera que podríamos llamar analítica, y entra en materia con el estudio de las tradiciones que se conservan relativas á D. Rodrigo, último Rey de los Godos. (II, pág. 107, 130). Sin perjuicio de discutir el procedimiento al exponer las conclusiones del celebrado profesor, entiendo que D. Rodrigo no pertenece á la epopeya castellana, al sistema de relaciones extensas que existió. Ciertamente que los cronistas árabes desde los primeros siglos recogieron la tradición referente al monarca vencido; pero esa tradición nació y se perpetuó entre los árabes exclusivamente. Ciertamente que Ebn-Abdo-l-Haquem refiere la desventura de la hija del conde D. Julian; que existen en los escritores árabes noticias de prodigios y maravillas que anunciaban la caída de los godos, y que la leyenda de la hija de D. Julian pasa, enriquecida y adornada con los episodios de la casa misteriosa de Toledo y los incidentes de la batalla de Guadalete, por todas las crónicas é historias árabes de la conquista de España; pero no es ménos cierto que primitivas crónicas cristianas no mencionan el caso, y que es necesario llegar al Silense, ya en el siglo XII, para encontrar la triste historia de la doncella goda.

Este silencio de los primitivos cronistas cristianos es de peso en la cuestión histórica y poética; pero resuelve el caso el que no se haga mérito de la tradición en la reproducción legendaria de la historia castellana que se lee en las primeras tiradas del poema de Fernán González y que siempre he considerado de la mayor importancia para el asunto. «Dios no le era amigo»—dice por toda razón el piadoso autor del poema, y dejados de la mano de Dios, la traición de D. Illam y el desarme del pueblo godo dieron la victoria á los infieles. Sabido es que en

las 172 primeras coplas del poema de Fernán González, el autor quiere contar cómo ganaron á España los antepasados que vivieron huidos y como desheredados, y principalmente cómo fueron *perdiendo y cobrando la tierra*, hasta que fuera el conde que dicen D. Ferrando. Este es el asunto de la verdadera epopeya castellana, «contar cómo fueron perdiendo y ganando la tierra,» y al tejer esa historia el poeta, se inspira en los relatos vivos en la fantasía nacional, escritos sin duda alguna, y á los que alude en esta interesante aunque abreviada exposición de la epopeya castellana, hasta el famoso conde de Castilla.

No obsta al caso que el poeta sea ó pertenezca á los eruditos y que el poema se clasifique como perteneciente á la poesía heróico-erudita, porque si la observación interesa para el estudio de las formas artísticas, no quita ni pone al caso para que yo lo cito, que es mostrar que la reconquista, el ir *perdiendo y ganando la tierra*, era el verdadero asunto de la poesía castellana, y á este argumento no pertenece la figura de D. Rodrigo.

Muy ocupados de sí, como todo pueblo que pelea sin descanso y que conoce lo largo é inacabable de la pelea, los castellanos en su leyenda estimaron poco la tradición gótica. Perdióse la influencia de aquella raza dominadora en los primeros siglos, y las restauraciones intentadas por los primeros Alfonsos no florecieron. No poco influiría una oposición etnológica con las razas que, asentadas al Norte de la Península, en las Cantabrias y en las Asturias, tomaron sobre sí el peso de la reconquista para reparar el mal hecho por aquellos que habían vivido como *desheredados y fuidos*, según dice el poeta, aludiendo claramente á los emigrados de los verdaderos dominios godos, y que se ampararon de la fortaleza de los montañeses.

La tradición relativa á D. Rodrigo no era parte integrante de la epopeya nacional. La historia de la pérdida de España era asunto de otro cantar:

43. El conde D. Illam, como *avedes oido*,  
Commo ovo por las parias, etc.,

dice el poeta, aludiendo á la narración poética que existía sin duda, y sobre la cual pasa sin otro encarecimiento.

D. Rodrigo no significa más que la pérdida de España. No es una figura, un personaje en la epopeya española. Es sólo un antecedente que ocupa á los cronistas exclusivamente cuando tratan de consignar las causas de la pérdida de España. Fueron los pecados de Rodrigo, no ménos desordenado que Witiza, según Sebastián de Salamanca; fué la traición de D. Julian, según el Silense, que vengó de esta manera la liviandad del Rey, y después el Tudense recoge la tradición arábiga, que completa el Toledo-

no, cuyas huellas sigue la Crónica General, pasando de esta á las demas crónicas é historias, hasta que el espíritu crítico de los últimos dias puso en tela de juicio todas aquellas amplificaciones y episodios.

La reconquista es el asunto de la epopeya: los héroes de la reconquista los verdaderos personajes de esta epopeya.

Este juicio, que es convicción arraigada en mí, no va tan léjos, sin embargo, como escribe el mismo Milá, diciendo (pág. 122) que no es posible conjeturar que la leyenda de Rodrigo y D. Julian produjese cantos populares que de los árabes ó de los primitivos españoles se trasmitieran á las sucesivas generaciones, ejercitándose á lo sumo la inventiva popular en la topografía de la batalla y en la desconocida suerte de Rodrigo.

No niego yo que los cronistas árabes recogieran una tradicion poética y popular muy extendida entre los suyos; tampoco que existiera una narracion relativa á Rodrigo, aun cuando se escribió el poema de Fernan Gonzalez; me limito á creer que la leyenda de Rodrigo es extraña al sistema de narraciones que constituyeron la epopeya ó el poema nacional castellano.

Los pocos romances viejos relativos á D. Rodrigo confirman el juicio expuesto, porque se originaron de la Crónica general, como atinadamente afirma Milá, y á mayor abundamiento no constituyen un ordenamiento, no se enlazan como partes de un todo, sino que son amplificaciones de una situacion contada por la Crónica como el segundo que contiene las quejas de la Cava á su padre, el tercero que trascribe la carta de D. Julian al rey moro, y el quinto consagrado á las lamentaciones de la reina por la fuga de D. Rodrigo, expansiones líricas poco adecuadas á la índole y condicion de los romances primitivos.

¿Pero qué importancia tiene para el asunto el que Milá comience con el estudio de D. Rodrigo el de la epopeya castellana? La tiene, porque dificulta la concepcion de la verdadera inspiracion épica castellana en la Edad Media, que no es la remembranza de los hechos señalados y portentosos cumplidos por un héroe; no es la narracion de un suceso aislado, como acontece en la poesia heróico-popular francesa, sino la representacion artística de la nacionalidad más enérgica y fiera que se engendra en los siglos medios.

Comenzando el estudio por D. Rodrigo, ha de aparecer la epopeya como una galería de héroes, sin otro lazo interno que su condicion de españoles; como una sucesion de epinicios aislados que no guarden entre si la íntima y enérgica sucesion de ideas y de inspiraciones que forman la unidad estética de la creacion heróico-popular. Entre D. Rodrigo y Bernardo del Carpio no hay filiacion posi-

ble. El uno es godo, el otro español: aquel señala el término último de una edad; éste el origen de una nueva, contraria y opuesta á la pasada.

Si se quisieran buscar los antecedentes de la creacion heróica de nuestro pueblo, no es al rey godo donde hay que acudir, es á la mística heróica de nuestro pueblo. En el estudio de las tradiciones, de los milagros y apariciones de Santiago, San Millan, San Antolin, la Santa Cruz y Nuestra Señora, se encuentran los elementos pios que, transformados y fundidos en elementos artísticos, dan trama, argumento y explicacion á los hechos enaltecidos por la poesia heróica, porque no hay que olvidar la alta importancia del elemento religioso en la poesia popular de los siglos medios.

Procediendo de otra suerte, no podrá encontrar, por errar el camino, el Sr. Milá el asunto ni el nudo de la epopeya, el principio que engendra el sistema, como él dice en la primera pregunta de su cuestionario.

Se entra en la verdadera epopeya castellana con el nombre de Bernardo del Carpio, al cual consagra Milá un extenso estudio tan erudito como todos y más ingenioso que los demas. (Páginas 130-171).

## II.

Recordados los hechos que tienen hoy por averiguados los historiadores más discretos, referentes á los reinados de Alfonso II y Alfonso III, tratando de inquirir el origen de los cantos relativos á la rota de Roncesvalles, despues de desestimar como era justo el *Altobiscar cantua*, se detiene el crítico catalan en el famoso poema francés del siglo XI, *Rollans*, ó de Roncesvalles, centro de la poesia épica carlovingia, porque en su sentir el pueblo vencido, no el vencedor, fué el que conservó la memoria del hecho. Estas narraciones fueron conocidas en Castilla por las frecuentes relaciones con Francia en los dias de Alfonso VI, y los doctos las recibieron asimismo por la crónica falsamente atribuida á Turpin, arzobispo de Reims.

Bernardo aparece en el Tudense y el Toledano: y el poema de Fernan Gonzalez compendia la gesta del héroe, y la fija con aires de crítica desconfiada y recelosa la Crónica general.

Se trata de una simple tradicion poética que presenta, segun Milá, tres elementos, á saber: 1.º, un Bernardo español por ambas líneas; 2.º, un Bernardo afrancesado, hijo de Sancho Diaz y de doña Tiber, sobrino de Carlomagno; y 3.º, un Bernaldo Carlovingio, establecido en Aragon y realmente histórico. Estos elementos se fundieron sucesivamente en la fantasia popular. El hecho de Roncesvalles y el conocimiento de la tradicion carlovingia respecto á su sobrino Bernaldo, hizo que se aprovechara el nombre glorioso de Bernardo de Ribagor-

za, y con rasgos franceses primero, depurado despues de todo carácter carlovingio, vino á convertirse en el héroe nacional que ahoga entre sus brazos á Roldan.

Gaston Paris, en su afamada Historia poética de Carlomagno, explica de muy parecida manera el caso, sólo que Milá se sirve del personaje histórico de Bernardo de Ribagorza como del punto de partida de la trasformacion del feudatario carlovingio, en el sobrino de Carlomagno, y de éste en el Bernardo del Carpio, castellano por ambas líneas y valedor fortísimo del sentimiento nacional en la corte de D. Alfonso el Casto.

La hipótesis es ingeniosa, pero se me antoja harto lenta y gradual y artificiosa la trasformacion. El procedimiento es muy de eruditos, para que se avenga á la briosa espontaneidad de la fantasía popular.

Cierto que existía la cancion de Rollans; cierto que pudo ser conocida la crónica atribuida á Turpin; cierto que no debemos fijar los ojos en otras fechas que en la segunda mitad del siglo XI, pero creo, no es aventurar suponer que si los vencidos guardaron memoria de Roncesvalles, con tanta ó mayor razon la guardaron los vencedores. Ni el conocimiento del poema frances pudo pasar de los eruditos, ni nadie más que los doctos gustaron la crónica de Turpin; ni los hechos de Bernardo de Ribagorza tuvieron en la historia tal resonancia que su nombre fuera popular en Castilla en los dias de Alfonso VI, de manera que sólo existía el vago renombre de Carlomagno y la gloriosa reminiscencia de una sangrienta victoria sobre los franceses en Roncesvalles.

Estos dos son los únicos elementos ó datos materiales de la creacion de Bernardo: el conocimiento del orgullo, grandeza ó majestad de la Francia, representado típicamente en Carlomagno, y la memoria de una sangrienta victoria en que quedó humillado aquel orgullo. La prueba es que Rolando sólo aparece en las primitivas narraciones como uno de los héroes conocidos que murieron, de donde infero que va muy léjos de la verdad M. G. Paris al suponer que se creó á Bernardo para oponerlo á Roldan, y que se ha dejado influir más de lo justo nuestro Milá por el sabio erudito frances, al presentar las hipótesis de que me ocupo, sobre la generacion poética de Bernardo del Carpio.

Los dos elementos poéticos que he señalado fermentaban en la fantasía del pueblo castellano; era necesaria la idea, la inspiracion, la pasion que los coordinara y fundiera en una creacion artística, y esta inspiracion en la poesia heróica popular nace y se origina siempre de la vida actual, de la historia contemporánea. La influencia francesa era tal en los dias de Alfonso VI, que si disgustaba al clero nacio-

nal y descontentaba á la nobleza, indignaba al pueblo, apegado á los suyos que veía desdeñados, y amante de sus usos y de sus ritos y de sus tradiciones, que miraba desconocidas por la nueva clerencia y por el tropel de francos que rodeaban á la reina francesa. Esta viva y generosa protesta del espíritu nacional contra la Francia fué la que se encarnó por la musa popular en Bernardo del Carpio, personificando en un héroe, á la manera propia de la creacion épica, el sentimiento y la aspiracion popular. Reivindicaba la inspiracion castellana su nacionalidad, maltratada por monjes cluniacenses y por barones francos, arrojándoles á la cara Roncesvalles, que presenció la rota de la más augusta representacion de la grandeza imperial de la Francia.

Nuestra epopeya es una epopeya nacional: la musa inspiradora es un fiero, altivo e irascible sentimiento de nacionalidad.

Ya en 1861, ante el claustro de la Universidad de Valladolid, había sostenido la misma tesis, que repetí en las lecciones dadas en 1868 en el Ateneo de esta corte, y las hipótesis de Hinard, ni las de M. G. Paris, ni las de L. Gauthier, ni aún las más ingeniosas y discretas de Milá, me llevan á creer que fué Rolando el modelo de Bernardo del Carpio, que su aparicion en la leyenda castellana sólo recuerda un remedo feliz de un héroe carlovingio. Si por fortuna conserváramos la *Estoria* y los *Cantos de gesta* sobre Bernardo del Carpio, que tuvo á la vista el redactor de la Crónica general, quedaría de todo punto confirmada mi opinion. Creo, como Milá, que hubo estoria y cantos de gesta sobre Bernardo. La Crónica general lo repite muchas veces. Creo que la *Estoria* redactada por los eruditos reflejaría aquel mal escondido enojo y aversion contra los Carlomagno y sus franceses que se advierte en la crónica del monje de Silos, y expresarian los cantares de gesta este adorable sentimiento de independencia nacional á quien debe nuestra historia su blason divino.

Yo tengo para mí que al comenzar el siglo XII eran populares en España los cantos de gesta, en que se narraban las proezas de Bernardo del Carpio; y no de otra suerte puede explicarse que el Tuldense, el Toledano, y sobre todo la Crónica, recogieran tan acabada relacion, y sobre todo que la Crónica se empeñara en distinguir lo que debía ser tenido por cierto de aquello que no podía ser creído. Contemporáneos y enlazados con los cantares del Cid, iban en la poesia heróico-popular los de Bernardo del Carpio, y entre los romances que se conservan, pocos hay que traigan más enérgicamente á la memoria aquellas primitivas narraciones como el que comienza:

Las cartas y mensajeros  
Del Rey á Bernardo van, etc.,  
en el que la viveza de la exposicion le presta un colorido dramático muy propio de las epopeyas primitivas. No una, sino dos versiones se conservan en el Romancero de tan bellísima escena, lo que permite suponer la abundancia de materiales épicos á que acudían los juglares al referir las hazañas de Bernardo.

Contra la hipótesis que yo aventuro, cabe el objetar si es propio de la poesía heróica y popular personificar las ideas y los sentimientos, creando de la nada el personaje, ó si, por el contrario, la realidad histórica ha sido dato necesario para esas grandes creaciones legendarias, por más que se haya engrandecido y sublimado el hecho histórico. No intento renovar famosas discusiones sobre sistemas crítico-estéticos aplicados á la poesía épica; son temas de aula que no hacen al caso; pero sí debo consignar que la personificación en personajes poéticos de creencias, pasiones y aspiraciones nacionales, me parece tan propia por lo ménos de la fantasía popular como las apoteosis de los personajes históricos convertidos en héroes y semidioses.

Repito que entiendo con Milá que hubo (en el siglo XII) cantares de gesta, y aún historias relativas á Bernardo del Carpio, por más que no conservemos hoy otros monumentos poéticos que recuerden aquella creacion que las crónicas del siglo XIII y los romances.

### III.

Milá ha comprendido bien, á pesar de que no la consiente la bibliografía literaria, que el héroe que se da la mano con Bernardo del Carpio es el conde Fernan Gonzalez (IV, págs. 173-218). Como es sabido, conservamos del héroe castellano las coplas de la Crónica rimada del Cid, ó sea Leyenda de sus mocedades ó D. Rodrigo, las coplas de G. de Berceo en la vida de San Millan, y por último, el poema de Fernan Gonzalez, escrito, en mi sentir, por los años 1235 á 1245, ántes que la Crónica General, que se sirvió de este poema al referir las hazañas del fundador de la independencía de Castilla.

La relacion de la historia con la poesía es evidente, y no hay para qué detenernos tampoco en advertir de qué modo y en qué extremos la poesía completó ó alteró los datos históricos.

Pero el poema de Fernan Gonzalez no es ya una composicion popular, es erudita. Lo declara así su forma métrica, su lenguaje, su manera de exponer y narrar, el estilo y las tendencias que se revelan en el escrito, y convienen en ello todos los críticos.

No cabe duda, atendido este carácter del poema de Fernan Gonzalez, que fué una reproduccion eru-

ditada de antiguos cantos de gesta, muy generalizados á fines del siglo anterior y referentes á sus primeras guerras con los moros, sus guerras con los reyes de Navarra y condes de Tolosa, la victoria de Hacinas, la venta del azor y el caballo al rey de Leon y la generosa intervencion de su esposa cuando sus prisiones en Leon.

Defiero en un todo y por completo á estas juiciosas suposiciones del docto crítico, que se robustecen, no sólo considerando la diversidad de fuentes que acusan las coplas de Berceo, las narraciones de la Crónica rimada, las que siguió el redactor del privilegio y voto de San Millan, sea cualquiera la época en que se formó aquel documento; sino porque rastreando los datos que se nos conservan en los numerosos romances viejos referentes á Fernan Gonzalez, se advierte que se inspiran en muy diversas fuentes y de carácter diferente. Pero descartando por un trabajo crítico, que no es difícil, los arreos eruditos del poema de Fernan Gonzalez, se reconocen las formas primitivas del canto de gesta ó del poema espontáneo y popular, que sirvió de asunto al *mester de clerecía* que ha llegado hasta nosotros.

Milá sigue el *ciclo* de Fernan Gonzalez en las tradiciones relativas á García-Fernandez, Sancho García, García II y Sancho el mayor de Navarra. Se justifica la existencia de estos nuevos cantos con la mencion del autor de la Crónica rimada del Cid (40-65), en la que recoge la tradicion relativa á los descendientes de Fernan Gonzalez, refiere el asesinato de los infantes de Salas, y cómo se hizo reinado Castilla con Sancho Abarca, etc., en cuyo fragmento descubre con verdadera penetracion las tradiciones ó cantos relativos al casamiento de García-Fernandez y á los siete infantes de Lara. Estas aventuras y rasgos poéticos se recogieron tanto por el Toledano como por la Crónica general que refirieron la historia de Argentina y las traiciones de la madre de D. Sancho. Refiriéndose tambien al *Romanz*, el códice escorialense cuenta con rasgos poéticos cómo mataron los Velas al infante D. García, y la escena no puede ser más dramática; viéndose el infante abofeteado, intercediendo su prometida la infanta Leonesa y muriendo á manos de su padrino en la pila bautismal. Y aún la infanta, llegado el dia de la venganza, mata con sus propias manos al último de los Velas, que había sobrevivido al terrible castigo del fuego que impuso á los asesinos Ferran Gutierrez. Esta trágica historia, así como la caballeresca relativa á la reina esposa de D. Sancho, tan repetidas por nuestros cronistas, á partir de la general, patentizan la abundancia de cantos de gesta relativos á los sucesores de Fernan Gonzalez en la primera mitad del siglo XIII.

Milá consagra el capítulo siguiente (VI) á la tradi-

cion de los infantes de Lara. La familia de los Velazques, poderosísima en Galicia, camina á la par de las familias reinantes en los primeros siglos de la Reconquista, pero tachada por alianzas vergonzosas con los moros y por su espíritu desasosegado y turbulento. En la Crónica rimada del Cid y en el Poema de Fernan Gonzalez se encuentran alusiones á este famoso linaje; pero por último en la Crónica General va referida la espantable tragedia que hizo memorables á los infantes de Lara, y que comienza con las insolencias de doña Lambra y concluye con la venganza de Mudarra.

La Crónica General siguió sin duda antiguos cantares. Milá escrupulosamente analiza la prosa de la Crónica, y á semejanza de otros trabajos análogos, encuentra rastros evidentes de la versificación del monumento que muy á la ligera desleía en prosa el cronista. Los romances, y muy especialmente el que comienza:

Pártese el moro Alicante  
Vispera de Sant-Cebrian, etc.,

revelan las antiguas tradiciones épicas, que recordaban en Castilla las disensiones de famosas familias y quizá los malos hechos de los Velazques.

Pero las tradiciones poéticas que conciernen á los sucesores de Fernan Gonzalez y á los infantes de Lara, no son episodios de la epopeya castellana que va directamente de Fernan Gonzalez á Rodrigo Diaz, expresando enérgicamente esta sucesion el autor de la leyenda de Rodrigo, que entronca la familia de los Lainez con la sucesion del famoso conde soberano de Castilla.

Es significativa y verdaderamente simbólica esta filiacion. Representa la natural sucesion de los momentos, como se dice ahora, de la inspiracion castellana. Es un eslabonamiento poético tan vivo el que existe entre Fernan Gonzalez y el Cid, como el que se ve entre la historia leonesa y la castellana en la marcha de las ideas y de las instituciones.

Milá no se pára en estas relaciones; quizá por influjo de escuela las desatiende. Quizá concibe la poesia castellana á la manera ciclica de la poesia francesa, llevado de su aficion á G. Paris y L. Gauthier; pero en mi sentir, la forma general que reviste la poesia heróica española es muy distinta de la ciclica, tan propia de la inspiracion Bretona y Carlovingia.

#### IV.

Al Cid, como es natural, consagra Milá mayor estudio y más detenido comentario (VII, p. 219-300). Los elementos históricos y poéticos de esta figura gloriosa entre las glorias literarias de las naciones europeas, son muy conocidos, gracias al extenso es-

tudio de Dozy y á mi ilustre maestro Amador de los Rios, que en el tomo III de su Historia de la Literatura, consagró cinco extensos capítulos al exámen de los monumentos poéticos referentes al héroe castellano (pag. 3-218).

Con estos precedentes tan conocidos y de tanta autoridad, corre fácilmente la pluma del erudito profesor, compendiando los datos históricos que constituyen la biografía histórica del héroe, notando cómo se extendió su fama y el prestigio de su nombre á naciones extrañas; y pasando á los monumentos poéticos, expone el cantar latino publicado por Du-Meril, la remembranza de la Crónica del sitio de Almería, y llega al Romance, poema ó cantares del Mio Cid, compuesto en el siglo XII, deteniéndose con amorosa complacencia en la exposicion de la última parte del poema referente á las Cortes de Carrion. Juzga Milá con verdad y acierto este admirable monumento de la poesia heróico-popular, y la califica de obra maestra, cuyo asunto fué celebrar las bodas de las hijas del Cid. Lo divide en tres partes, que comprenden: la primera (v. 1.—1.092), la salida de Castilla y las primeras hazañas; la segunda (v. 1.093-2.287), que llega hasta la celebracion de las bodas; y la tercera (v. 2.288-3.741), canta la cobardía, el crimen y el castigo de los infantes y el nuevo casamiento de las hijas del Cid. Impugna con razon Milá á los que tildaron el poema de Crónica rimada, discurre atinadamente sobre las tradiciones y verosimilitudes históricas que mueven á creer no fué el casamiento con los infantes pura invencion de los juglares, y llega al exámen y juicio de la Leyenda de las mocedades del Cid, ó Crónica rimada, ó el *Rodrigo*.

Entiende Milá que la copia de la leyenda ó cantar de Rodrigo, de fines del siglo XIV, es muy posterior á la época en que fueron compuestas las narraciones que comprende y cuyo lenguaje se presenta modernizado. Supone Milá que fué esta obra una recomposicion, debida quizá á un juglar, de un canto antiguo, con noticias y rasgos tomados de otros cantares referentes á los Condes de Castilla. Opina que el cantar de Rodrigo es posterior al poema de Mio Cid, sin que las observaciones que apunto basten en mi sentir á refutar la opinion contraria, popularizada por Rios, y señala las últimas décadas del siglo XII como la fecha en que se escribió el cantar de Rodrigo.

Pasa Milá del estudio de estos monumentos poéticos al de las Crónicas; y respecto á la general, señala la parte correspondiente al cantar de Rodrigo, al poema de Mio Cid y á cantares perdidos. Este último extremo es de interes. Corresponden, segun Milá, á cantares de que no queda noticia el relato histórico de la muerte de D. Fernando I; del reinado de D. Sancho y del entronizamiento de Alfonso VI;



y estos cantares eran sin duda los que se citan en el códice citado por Rios, en los manuscritos citados por Berganza y en el mismo Ocampo (folio 214 vuelto). *El cantar de D. Fernando* que cita el códice de la Nacional; *los cantares* de que hablan los manuscritos de Berganza y el redactor de la Crónica, son sin duda las fuentes de que nacen estas ampliaciones de la Crónica General.

En el estudio del Romancero del Cid, distingue Milá los romances de la epopeya correspondiente al Rodrigo, en la cual coloca los famosos.

Ese buen Diego Lainez....

Cabalga Diego Lainez

Día era de los Reyes, etc.

y con selecta crítica distingue asimismo los RR. que se originan de la Crónica y los que nacen de asuntos é inspiraciones del Poema de Mio Cid.

¿Qué se desprende de este erudito estudio? Que el Poema de Mio Cid y la Leyenda de Rodrigo eran anteriores á la Crónica, es punto de antiguo averiguado. Que las crónicas se calcularon en los cantos de gesta ó utilizaron los cronistas las creaciones juglarescas para sus narraciones, también es aserto incontrovertible y al cual Rios había puesto el sello definitivo con la publicación de los tomos III y IV de su Historia.—¿Qué puede proponerse y que se propone Milá reproduciendo los resultados ya sabidos de la erudición contemporánea sobre el cantar de Rodrigo el Poema de Mio Cid y el Romancero del Cid?

No se propone otra cosa que contestar á la primera pregunta de su cuestionario, á saber:—¿Existe en la poesía castellana una epopeya en el sentido de sistema (indígena ó aclimatado) de relatos extensos? (pag. 106).

Lo que resulta, leídas y meditadas las 300 páginas del libro cuyo contenido he expuesto, es que existen ó existieron en la poesía castellana relatos extensos, *pero aislados*, concernientes á Bernardo del Carpio, Fernan Gonzalez y sus sucesores, y otros llegados en su pristina pureza á nuestras manos, referentes á Rodrigo Diaz de Vivar.

No es esta respuesta á toda la pregunta. Milá preguntaba «*si existía una epopeya en el sentido de sistema.*» A esta pregunta no ha contestado Milá en los siete capítulos reseñados, y no ha procurado abordar el tema siquiera, y ha evitado que por la fuerza de la realidad histórica se ofreciera por sí misma esa cuestión, proponiendo el asunto á manera de biografías y epinicios de los héroes legendarios de la inspiración española. Si epopeya es «conjunto de cantos narrativos, extensos, de asunto racional y de espíritu y estilo análogos, aunque relativos á personajes y tiempos diferentes» (Milá, pág. 396), no se ha demostrado en lo escrito la

existencia del *conjunto* (como unidad artística), ni se ha mostrado la perseverancia del espíritu al través de las diferentes narraciones y á pesar de la diversidad de personajes y de las diferencias de tiempos.

Si Milá resuelve afirmativamente la cuestión al fijar las *Conclusiones* (pág. 396) del libro, cede á sus convicciones y creencias; pero no presenta el resultado de una demostración en el modo y forma de demostración y probanza que cabe en los estudios filosófico-históricos. Hay un hueco que llenar en el libro, y el reputado profesor lo llenará cumplidamente en cuanto ponga mano en ello. Falta poner de bulto la relación que atá vigorosamente unas á otras todas las inspiraciones de la poesía heróico-castellana; falta mostrar en el libro la unidad de inspiración que intuitivamente comprendía el juglar que escribió ó recompuso la introducción del cantar de Rodrigo, y que de una manera más clara veía el más erudito autor del poema de Fernan Gonzalez, sin cuya unidad no es dado hablar de epopeya, ni de sistema, ni de identidad de espíritu ó inspiración al través de los tiempos y de los héroes sucesivamente cantados. No llamaríamos epopeya á la Homérica si descubriéramos en ella una Aquileia, una Patroclea, una Ulisea, etc., aisladas y sin identidad de inspiración y asunto esencial, como lo son los cantares de Bernardo, de Fernan Gonzalez ó de Rodrigo, que sucesivamente han prestado materia á las observaciones crítico-históricas del afamado erudito.

Y cuenta que escribo con verdadera pena, no la censura, sino la súplica al autor que se lee en las anteriores líneas, porque estoy firmemente convencido de que existe ese *sistema*, esa identidad de espíritu al través del tiempo y de asuntos varios en la poesía, porque soy de los que creen descubrir la unidad de la inspiración heróica de nuestro pueblo desde los días de Alfonso I hasta los últimos de Fernando III. A mis ojos, desde que arranca la reconquista con los Alfonsos hasta que realmente la termina el Santo Rey, coronando con la cruz á Córdoba y Sevilla, no se desmiente el sentimiento que enardece y guía la vida española, y cuando esta raza dispone del verbo poético, representa aquella inspiración nacional en el plazo que corre desde Fernando I á Alfonso X de Castilla en la poesía heróico-popular, estudiada por Milá.

Soy partidario de la tesis en honra de la cual escribe su libro el docto crítico, y apetecía que este trabajo fuera definitivo en la materia, como lo será tan luego como Milá complete los capítulos reseñados, con el de crítica estética respecto á los sentimientos é ideas que engendra el movimiento real é histórico de los pueblos astúrico-castellanos, y que se personifican en los héroes de la tradición leonesa y castellana. La historia es bella, y la be-

lleza de la historia engendra la poesía heróico-popular.

Milá en sus *Conclusiones*, no sólo sostiene que Castilla tuvo epopeya, sino que repite con todos los críticos que fueron los juglares autores y ejecutores de este linaje de poesía; advierte se reducía el sistema de versificación á series ligadas por una rima, á veces imperfecta, de pocas ó muchas líneas desiguales, y reconoce, con Rios y los críticos anteriores, que los héroes eran guerreros cristianos y españoles, esforzados campeones de la patria, ya contra los invasores, ya contra los mahometanos.

¿Por qué no se detuvo el distinguido profesor á meditar esas seis líneas que dedicaba á las ideas de la poesía heróico-popular castellana? (pag. 398). Rios dice del Cid «que era el símbolo de las libertades y de la independencia castellana» (III-196). ¿Qué representa Fernan Gonzalez, á quien hizo Dios esta gracia

Que moros nin cristianos non le podyan vencer?

¿El que no se permitía descanso y tregua en el fiero batallar con los moros, porque

Un dia que perdamos non le podremos cobrar,  
Jamás en aquel dia nos podremos tornar?

Es otro símbolo de la reconquista sañuda, febril, que emprendía Castilla tan pronta á la defensa de la tierra y de los buenos usos contra los leoneses, como heróica en la indomable perseverancia con que proseguía la mística empresa de crear á España. Toda Castilla repetía con su héroe: «Un dia que perdamos non le podremos cobrar.»

¿Qué representa Bernardo? La independencia de la patria revolviéndose con furia contra moros y cristianos, si moros ó cristianos atentaban á su libertad, sacrificando quizá sus odios religiosos á la idea nacional, que al fin y al cabo Marsilio y los de Zaragoza eran españoles, y bastaba este título para pelear contra los invasores carlovingios.

¿No se enlazan, como grados sucesivos de una idea que germina, crece, vigorosa y florece hermosísima, Bernardo, Fernan Gonzalez y el Cid, símbolo acabado y perfecto, como dice Rios, de la independencia y de las libertades de la patria?

Son guerreros cristianos y españoles, dice Milá—más españoles que cristianos, añado; porque la concepción religiosa se identifica en la poesía heróica castellana con la concepción nacional, y Dios y sus legiones angélicas, y sus Santos eran fieles aliados de la patria y guías y capitanes de nuestras valientes haces. Por eso no campea en la nuestra el elemento caballeresco, ni la idea moral que forman los rasgos distintivos de otras inspiraciones heróicas. Aquí todo es por la patria, todo para la patria; todo cede y se subordina, cielo y tierra, pasiones y

deberes, al santo y fervido sentimiento de la independencia nacional. Por eso hay epopeya; porque si no existe, como dice Milá, una figura como la de Carlomagno en torno de la cual se agrupen los héroes y cobren interés los hechos, hay una idea, á la vez sentimiento, tradicional, vehementísimo, perenne, que crece y se sublima á la par que se ensanchan las fronteras de la patria española, y esa idea es la inspiración una y no interrumpida de nuestra poesía, que es la poesía nacional por excelencia en la historia universal de la Literatura.

Entiende Milá (pág. 400) que no alcanza la epopeya castellana gran desenvolvimiento ni mucha extensión, cuyo juicio es cierto si nos limitamos á estimar lo que se ha salvado de la injuria del tiempo; pero que no es justo si, siguiendo los datos de los cronistas, reconstituimos con la fantasía las extensas enumeraciones de cantos de gesta á que queda hecha alusión. Preocúpale al distinguido profesor más de lo justo la poesía francesa, y en este punto la abundancia de cantos de gesta que comprende el cielo carlovingio. Es causa de la diversidad que advierte, la índole nacional de nuestra poesía heróica, opuesta á la más general, variada y comprensiva de la poesía francesa, que así como en lo político se inspiraba en la oposición y contrariedad de las Cortes feudales, en asuntos y argumentos ofrece igual amplitud y diversidad. ¿Cuántos poemas de carácter nacional podrán señalarse en la balumba de los cantos de gesta carlovingios? ¿Cuántos podría enlazar, como fases representativas del crecimiento de la idea nacional, mi ilustre amigo, entre los cantos carlovingios, como aquí se eslabonan las gestas de Bernardo á las de Fernan, y estas á las del Cid.

Para concluir este punto, repito, con Milá, que la antigua poesía narrativa castellana es la más merecedora del título de epopeya histórica. Así es la verdad, porque es la más nacional.

No crea mi ilustre amigo que al escribir de esta manera me dejo llevar de aficiones germánicas respecto al carácter de la épica popular ó de la epopeya, ó que recuerdo opiniones sostenidas en mis *Lecciones* de 1868 sobre el poema nacional, que quisiera sacar á salvo; no, trato sólo de la *unidad*, del *conjunto*, del *sistema*, como dicese en la definición de la epopeya que da el libro de que tratamos; y respecto á opiniones anteriores, modificaré de buen grado algunas, que no debo ya sostener, leído el libro que llevo entre manos.

Por preveniciones al gusto de la estética germana quizá, ha rehuido Milá el estudio estético del asunto, la consideración filosófica de la vida nacional y su representación en el arte. Es una prevención que debe vencerse, porque no es completo el estudio sin esa consideración. Más peligroso es en este punto, repito, la escuela histórico-crítica

francesa, representada por Damas Hinard, G. Paris y L. Gauthier, que inspiró sin duda á Milá el malhadado paréntesis de su primera pregunta, á saber, si era indígena ó aclimatada la epopeya castellana.

Indígena, contesto yo sin vacilar, y Milá vacila. Yo no vacilo, porque si hay un *sistema*, es decir, si hay unidad de inspiracion ó *espíritu nacional* en el conjunto de los relatos extensos al *través del tiempo* y á pesar de la diversidad de personajes, no cabe dudar que la epopeya es indígena.

Desentendiéndose de esta averiguacion y concibiendo á la manera francesa la poesía épica, como una *coleccion*, no conjunto, de cantos referentes á cada uno de los héroes carlovingios, enlazados tan sólo por relaciones cíclicas, es decir, externas, históricas de parentesco ó condicion social, se corría el riesgo, como lo ha corrido el Sr. Milá, de creer á Bernardo del Carpio de importacion extranjera, ó de juzgar, como otros han dicho, la noble figura del Cid remedo ó imitacion del Roland frances. La escuela francesa, en cuanto al modo y reglas de estudio de la poesía popular, no es aplicable al de la poesía popular de Castilla, que pertenece á un aspecto muy diverso del género épico ó narrativo.

El reconocimiento de la unidad, única ley que puede engendrar epopeyas, le hubiera sido de gran provecho para poner en punto de verdad las habilidades eruditas de Damas Hinard y P. Paris sobre la influencia de la poesía carlovingia en España. No niego la influencia; pero ¿cuándo influyó?

Como aún hemos de señalar las soluciones que presenta en su eruditísimo libro el insigne profesor á las otras dos cuestiones, ocasion habrá de hablar de la influencia francesa, y cierro este primer anuncio del Estudio sobre la poesía heróica, repitiendo que constituye la obra de Milá un verdadero Manual para el estudio de la poesía heróica, indispensable, necesario y de gran interes y amenidad para los que conservan el amor á las tradiciones y glorias castellanas.

F. DE PAULA CANALEJAS.

5 de Setiembre de 1876.

## TRES GENIOS DE LA MÚSICA.

(SONETOS.)

I.

HAYDN.

¿Veis el ave que en lóbrega espesura  
Canta para cumplir con su destino?  
Así cantó su ingenio peregrino  
Con blandos tonos de sin par dulzura.

Cuando ciñó laurel que eterno dura,  
Abrojos mil hollaba en su camino,  
Mas él siguió su cántico divino,  
Gozo de aquella y de la edad futura.

Del propio hogar en el asilo inquieto,  
Ó en la régia mansion que le acogía,  
Reveló de su mente el don secreto;

Y de su pluma, fuente de armonía,  
Brotó vivaz el rígido Cuarteto,  
Y, como inmenso mar, la Sinfonía.

II.

MOZART.

En su vida fugaz, vida de gloria,  
Favorecióle Dios con tal largueza  
Que nunca genio de mayor alteza  
Registraron los siglos en la historia.

Adivinó, para inmortal memoria,  
La recóndita luz de la belleza,  
Y en *Don Juan* retrató nuestra fiereza  
Que lucha contra el cielo sin victoria.

Al ver su númen, inclito y fecundo,  
Destello de region inexplorada,  
Estátuas y coronas dióle el mundo;

Y alguna voz defiende apasionada  
Que más bien que portento sin segundo  
Era Mozart la Música humanada.

III

BEETHOVEN.

Cual se desborda atronador torrente,  
Sin encontrar el férvido oleaje  
Dique más poderoso que lo ataje,  
Así brotaba el estro de su mente.

En él hallaron, con vigor creciente,  
Rindiéndole humilde vasallaje,  
La pasión abrasada su lenguaje,  
Naturaleza su pintor potente.

Y tuvo corazón tan altanero,  
Tan soñadora y clara fantasía,  
Y acento varonil tan verdadero,

Que en su tumba grabarse debería:  
«Yace aquí de la Música el Homero,  
Miguel Angel del canto y la armonía.»

ANTONIO ARNAO.



## UN DRAMA DE LA INDEPENDENCIA DE MÉJICO.

## I.

## DE LA ISLA DE GUAJAN Á ACAPULCO.

El día 18 de Octubre de 1825 dos hermosas embarcaciones, *El Asia*, magnífico buque de alto bordo, y *La Constancia*, bergantín de ocho cañones, anclaban á la vez en la isla de Guajan, una de las más notables del archipiélago de las Marianas.

Hacia diez meses, poco más ó ménos, que aquellas naves habían salido de los puertos de España. Sus tripulaciones, mal alimentadas, pagadas de una manera irregular, con retraso y nunca por completo, desfallecidas por la fatiga de una larga travesía y descontentas por todos conceptos, se agitaban sordamente hacía algun tiempo, concertando entre sí y con el mayor secreto proyectos de rebelion que, á pesar del sigilo con que se trataban, revelábanse por algunas señales de indisciplina que se notaban más especialmente á bordo del bergantín *Constancia*, que mandaba el capitán D. Luis Ortega, hombre de hierro que no se doblegaba jamás, ni ante el furor de la tempestad, ni ante ningun peligro humano, puesto que desconocía en absoluto el miedo.

Grandes averías, tan inconcebibles por su índole como imprevistas, le habían obligado, bien á su pesar, á detener la marcha del bergantín que se había confiado á su direccion, en medio de la travesía; así como obligaron de la misma manera á la fragata *Asia*, que mandaba el capitán D. Roque de Guzarte, á fondear en su compañía.

Una noche se rompió la brújula, sin que fuese posible averiguar cómo había acaurrido aquel siniestro, á pesar de las diligencias que se practicaron para conseguirlo: otra fueron cortados los obenques de mesana, sin que fuese tampoco descubierto el autor de aquel verdadero atentado; y por último llegó un momento en que el mastelero de gavia se desplomó de improviso con todo su velámen, lo cual tampoco hubo medio de averiguar cómo había ocurrido.

Sin embargo, perteneciendo en aquella época la isla de Guajan, como las demas Marianas, á los españoles, y dependiendo de la capitania general del archipiélago filipino, no les fué difícil á los jefes de aquellos dos buques reparar las averías que simultáneamente habían experimentado.

D. Luis manifestó á D. Roque, no bien pudo ponerse al habla con él, los síntomas de indisciplina que había notado entre los individuos de su tripulacion, y ambos capitanes convinieron en redoblar su vigilancia y en usar de toda la severidad que fuese necesaria para hacerse respetar.

D. Luis en particular empezó á espiar con gran cuidado todas las acciones de dos de sus subordi-

nados, de quienes tenía motivos para sospechar.

El uno era el teniente Martínez, que había rebajado y comprometido su dignidad de oficial de la noble marina española, asistiendo á los conciliábulo que solían celebrar los marineros en el alcázar de proa, por cuya grave falta se hallaba á la sazón arrestado en su camarote, sustituyéndole en el ejercicio de sus funciones el guardia marina Pablo, á quien tocaba por turno hacer las veces de teniente á bordo del *Constancia*.

El otro individuo de quien se sospechaba era el gaviero José, hombre vil y despreciable en todos conceptos, que subordinaba de continuo todos sus actos al immoderado afán de adquirir oro sin reparar en los medios, lo cual obligaba al contraamaestre Jacobo, en quien el capitán D. Luis tenía depositada toda su confianza, á vigilarle de continuo y muy de cerca.

El guardia marina Pablo era un jóven simpático y digno, una de esas naturalezas privilegiadas en quienes resaltan á la vez la nobleza y el valor, una de esas almas delicadas que alientan de continuo generosas aspiraciones.

Mientras el capitán y sus amigos se ponían de acuerdo para trasmitirse sus sospechas y buscar los medios de dominar, en caso dado, una sublevacion, el teniente Martínez, el gaviero José y sus cómplices no descansaban, y gracias á sus continuas instigaciones, avanzaban cada dia más en el camino de su traicion.

La víspera del dia en que había de quedar completamente aparejado el bergantín, casi toda su tripulacion se hallaba reunida con la de la fragata en una oscura taberna, fraternizando con el vaso en la mano contraamaestres, cabos de cañon y marineros.

—Camaradas,—decía el teniente Martínez, que era el alma de la conjuracion;—gracias á las averías, que con la prudencia que todos sabeis he ocasionado al *Constancia*, hemos tenido que recalar en este puerto, y de esta manera hemos podido hablarnos para concertar ambas tripulaciones el plan que deberemos seguir. Voy á explicaros cuál es mi pensamiento: en cuanto salgamos á la mar, y á una señal convenida, debemos sorprender á los capitanes de nuestros buques y á los oficiales que no quieran seguirnos, y una vez dueños de la fragata y del bergantín, hacer rumbo hácia las costas de Méjico; llegados allí, la nueva confederacion, que carece de buques para su marina, nos comprará los nuestros á precio de oro, y entónces no sólo podremos ajustar nuestras cuentas y cobrar lo que se nos debe, hasta el último maravedí, sino que el sobrante lo repartiremos entre todos por partes iguales, lo cual será un negocio redondo.

—¡Bravo, bravo!

—En cuanto nos hallemos á la altura de la isla de Mindanao, disparará la fragata un cohete, y entonces nos arrojamos todos á la vez sobre nuestros jefes, y los buques son nuestros.

Todos los que habían asistido á aquel conciliábulo secreto salieron de la taberna con precaucion, y por distintos puntos fueron llegando al puerto, en donde se embarcaron para regresar á sus respectivos buques.

Al dia siguiente el *Asia* y el *Constancia*, ya repuestas sus averias, levaron anclas, y enderezando el rumbo al Sudoeste, se dirigieron á toda vela y con viento favorable hácia Nueva-Holanda.

El teniente Martinez, aunque siempre vigilado muy de cerca por los amigos del capitán, volvió á ejercer sus funciones á bordo del bergantín, en el cual parecía haber renacido la calma.

Sin embargo, D. Luis se hallaba hondamente preocupado, y siniestros presentimientos asaltaban su mente de continuo.

Veía la inminencia del peligro que amenazaba á la marina española: su gran corazón no podía resignarse con los rudos y continuos reveses que abatían á su patria, y á los cuales vino á poner colmo la revolucion de los Estados mejicanos.

Muchas veces solía dar expansion á su alma, hablando con Pablo de aquellas cuestiones que tanto interesaban al honor nacional.

—Hijo mio,—decía con frecuencia,—el corazón me dice que sucumbiremos en la tremenda lucha que nuestra patria sostiene con los hombres y con el destino; que la traicion acabará por arrancarme la vida que estoy resuelto á inmolar en cumplimiento de mi deber; pero tú me vengarás ¿no es cierto? y al vengarme á mí, vengarás también á nuestra querida España.

—Os lo juro,—repuso Pablo con acento solemne.

—Lo creo,—añadió D. Luis;—pero entre tanto procura no tener enemigos á bordo: tus funciones de guardia marina no te obligan á enemistarte con nadie; ten, pues, mucha prudencia y no olvides que en los tristes tiempos que corremos hay algo más que hacer que servir á la patria, y es el unir al patriotismo toda la saña que sea necesaria para castigar cuando llegue el caso á los miserables que la hagan traicion.

—Os prometo no morir sino despues de vos;—dijo el valiente jóven.

Y una noble altivez unida á una concentrada indignacion se pintó en su semblante y brilló en sus ojos á través de algunas furtivas lágrimas.

Hacia ya tres dias que los buques, navegando siempre prósperamente, habían salido de las islas Marianas.

El *Constancia* caminaba á toda vela con viento fresco, balanceándose graciosamente sobre la tersa

superficie del agua; su gallarda arboladura se inclinaba hácia atrás, mientras su proa cortaba las olas, salpicando de blanca espuma las ocho carro-nadas de á seis que asomaban por las portas.

—Doce nudos, mi teniente,—decía una tarde el guardia marina Pablo, dirigiéndose á Martinez, que se hallaba á su lado;—si navegamos siempre viento en popa, como hasta aquí, la travesía no será larga.

—Dios lo quiera,—contestó el teniente,—hemos padecido mucho en este viaje, y sería muy duro sufrir más.

El gaviero José se hallaba en aquel momento detrás de ambos interlocutores.

—No tardaremos mucho tiempo en tener tierra á la vista,—añadió en voz alta el teniente de una manera significativa.

Pablo exclamó:

—En efecto, la isla de Mindanao; estamos ya por los 140 grados de longitud y 8° de latitud Norte, y si no me equivoco, esa isla se halla hácia...

—Los 140° 40' de longitud y 7 de latitud Norte,—añadió con prontitud Martinez.—Decidme, Pablo, ¿no os toca á vos el cuarto de media noche?

—Sí señor, mi teniente.

—Está bien; ahora son las seis de la tarde y podéis retiraros; en este momento no os necesito.

Pablo obedeció, y Martinez se quedó solo junto á la caña del timon, dirigiendo su vista á la fragata *Asia*, que navegaba á corta distancia á sotavento del bergantín.

La noche era magnífica, una de esas noches frescas y serenas de los trópicos, en que los buques se deslizan apaciblemente sobre la superficie de las aguas levemente rizadas por el soplo de la brisa.

El teniente Martinez, en cuanto Pablo se hubo retirado, buscó, aprovechando la oscuridad que empezaba á envolver el bergantín entre sus pliegues, á todos los hombres á quienes tocaba el cuarto, y reconoció entre ellos á José el gaviero y á muchos de los que habían conferenciado con él en la taberna de la isla de Guajan.

En cuanto se cercioró de que eran del complot la mayor parte de los marineros que se hallaban de servicio, se aproximó al que cuidaba del timon y le dijo dos palabras al oido.

Aquel hombre pareció no oír lo que se le había dicho; pero un momento despues viró un si es no es á barlovento, y pudo observarse que el bergantín se aproximaba á la fragata.

El teniente Martinez paseaba, contra su costumbre, sobre cubierta, procurando parecer tranquilo; pero miraba con inquietud hácia el otro buque, y no observando en él nada de extraordinario, apretaba convulsivamente la bocina que llevaba en la mano, sin poder contener ciertas señales de impaciencia.

De improviso se dejó oír una detonación á bordo de la fragata.

—Atracád lo más que se pueda,—gritó Martínez á su gente.

—Adelante, camaradas,—añadió José lanzándose á los flechastes.

—Tomad rizos á las velas bajas...

Otros marineros subieron rápidamente á las jarcias á cumplir aquella orden.

En aquel momento apareció sobre el puente el capitán D. Luis Ortega seguido de sus oficiales.

El teniente Martínez se lanzó al castillo de proa.

—¡Arriba todo el mundo!—exclamó Ortega con voz de trueno á la descuidada tripulación.

En aquel momento resonaron varias detonaciones en la fragata *Asia*.

—¡Arria y carga gavia!...—gritó á su vez Martínez, y su orden fué obedecida.

—¿Quién ha dado orden de ponerse al paio?—preguntó el capitán con imperio.

—¡El timon en banda!—añadió el teniente.

Y el timon quedó á merced de las olas; el viento agitó las velas en todas direcciones, y el bergantin quedó casi parado.

—¡A mí, valientes!...—gritó por segunda vez Ortega, dirigiéndose á los marineros y á los soldados de la dotación del buque.

Pero ninguno se movió.

—¡Muera el comandante!—gritó entonces Martínez, dirigiéndose á D. Luis.

Pablo y los oficiales, con sus espadas y sus pistolas en las manos, rodearon á su jefe, resueltos á defenderle á todo trance: el honrado y valiente Jacobo, al frente de unos pocos marineros que le eran personalmente adictos, corrió también en su auxilio; pero fueron detenidos por la tripulación, que se había sublevado casi en masa, la cual, después de desarmarlos, los ató á los palos del bergantin.

Hecho esto, los soldados de marina y los marineros se colocaron en fila á lo ancho del buque, y avanzaron resueltamente hacia sus jefes, los cuales, sin amedrentarse, fueron retrocediendo en buen orden hasta el castillo de popa, en donde opusieron á sus enemigos una heroica resistencia.

D. Luis disparó su pistola, cuya bala rozó la frente del teniente Martínez, yendo á perderse en el espacio.

En aquel instante dispararon un cohete en la fragata.

Martínez gritó ébrio de alegría:

—¡Victoria!... ¡victoria!...

Y se lanzó contra los oficiales seguido de los suyos y dando principio á una lucha tan sangrienta como desigual.

Pero aquella horrible escena nocturna no duró mucho tiempo: el capitán Ortega atacó con la bra-

vura de un león á su traidor teniente, provocando una lucha cuerpo á cuerpo, en que hubiera llevado, sin duda, la mejor parte, á no ser porque instantáneamente se vió acosado á la vez por tantos enemigos que no hubieran bastado ni las fuerzas de Hércules para resistirlos; herido, al fin, de suma gravedad, sucumbió al número, y con él todos sus oficiales quedaron prisioneros y encerrados en los camarotes.

Una vez dueños del buque los sublevados, izaron faroles, á cuya señal contestaron los de la fragata, cuya tripulación había sorprendido á sus jefes, viniéndoles también como había ocurrido en el bergantin, y encerrándoles de la misma manera bajo cubierta.

En cuanto los soldados y la chusma se convencieron de que habían triunfado en ambos buques, dejándose arrastrar por sus feroces instintos á la vista de la sangre, sintieron el deseo de la matanza, y gritaron:

—¡Mueran, mueran los jefes!... ¡hombre muerto no habla!... ¡Mueran!...

El infame Martínez, ébrio de saña, corrió al frente de los más sanguinarios de los sublevados á cebarse en la matanza, y ya se preparaba á bajar á los camarotes con el propósito de degollar á toda la plana mayor, cuando el resto de la tripulación, horrorizada de tan criminal intento, se opuso á aquella sangrienta ejecución.

Entonces el teniente mandó que subiera á cubierta el capitán, y fuera de sí, al ver que se oponían á su venganza, cortó de un hachazo las escotas que sujetaban el tangon, y la botavara, impulsada por una ráfaga violenta, fué á herir al capitán Ortega, destrozándole el cráneo.

Un grito de horror resonó en todos los ángulos del buque á la vista de aquel sangriento espectáculo: sólo Martínez contempló con satisfacción la sangre de su capitán.

—¡Muerto por una desgracia!...—dijo sonriendo irónicamente;—tanto mejor. ¡Ea!—añadió señalando el cadáver de Ortega;—arrojad eso al mar.

Su orden fué obedecida.

Ambos buques emprendieron entonces su marcha hacia las costas mejicanas.

Al día siguiente dieron vista á un islote, y deteniéndose algunos instantes, los insurrectos echaron los esquifes al agua y condujeron á tierra todos los oficiales, exceptuando sólo el guardia marina Pablo y el contramaestre Jacobo, que se habían puesto al lado de la tripulación sublevada en cuanto ésta había quedado vencedora.

La plana mayor de ambos buques quedó abandonada en aquella isla desierta; pero no tardó en ser recogida por un ballenero inglés, que la condujo á Manila.

¿En qué consistía que el generoso Pablo y el leal Jacobo se hallasen entre los sublevados despues de la victoria de estos, y hubiesen formado silenciosamente en sus filas, siendo así que habían llorado sinceramente la muerte de su bravo capitán?

Pará juzgarles aguardemos á que el trascurso del tiempo nos ilumine.

Quince dias despues de haber ocurrido los sucesos referidos, el bergantin *Constancia* y la fragata *Asia* tocaron en la bahía de Monterey, al Norte de Méjico y de la vieja California.

El teniente Martinez se presentó inmediatamente al comandante militar de la plaza, y le ofreció entregar á la República mejicana, que carecía de buques de guerra, la fragata y el bergantin que tenía á sus órdenes con todas sus municiones, armamento y pertrechos de guerra, comprometiéndose además á poner al servicio del gobierno las tripulaciones de ambos buques, y en recompensa de tan importante cesion sólo exigía que se pagase á éstos todo lo que se les debía desde su salida de España.

El gobernador oyó atentamente á Martinez, y comprendió todas las ventajas de su proposicion; pero le hizo presente que no estaba autorizado para cerrar el trato que le proponía, el cual, sin embargo, no rechazaba, y le aconsejó que se presentase en Méjico, en donde, sin duda alguna, sería muy bien recibido.

Martinez aceptó su consejo, y despues de haber permanecido un mes en Monterey, entregado á todos los excesos de la crápula, en compañía de sus marineros y soldados, se hizo nuevamente á la mar en el bergantin, dejando en aquel puerto la fragata á las órdenes de uno de sus compañeros de traicion.

Pablo, Jacobo y José formaban parte de la tripulacion del *Constancia*, que navegando á toda vela y forzando su marcha, se dirigió hácia el puerto de Acapulco.

## II.

### DE ACAPULCO Á CIGUALAN.

De los cuatro puertos que tiene habilitados Méjico en el Pacífico, San Blas, Zacalula, Tehuantepec y Acapulco, este último es, sin duda alguna, el que ofrece mejor abrigo y más seguridad á los buques combatidos por las tempestades del Océano.

La ciudad está muy mal construida y es malsana en extremo; pero en cambio tiene una rada que puede contener cómodamente más de 100 buques. Las alturas con que la naturaleza la ha rodeado, ofrecen un cómodo abrigo á cuantas embarcaciones anclan en ella, sea cual fuere su porte, y las defienden por todas partes de la accion de los vientos y de los embates del mar, convirtiendo aquel puerto

en un lago tan apacible y trasparente, que el viajero que llegase por tierra á su orilla podría creer que estaba mirando más bien un estanque encerrado entre un círculo de montañas, que las aguas del Océano.

La ciudad, situada al Norte, está protegida por tres fuertes que la flanquean hácia la derecha, al paso que la bocana del puerto se halla defendida por una batería con siete cañones que pueden, en caso necesario, cruzar sus fuegos en ángulo recto con los del fuerte de San Diego, que se halla provisto de 30 piezas de artillería, y que, dominando toda la rada, echaría á pique infaliblemente á todo buque que intentase forzar la entrada del puerto.

Ciertamente que con tan seguras fortificaciones nada tenía que temer la ciudad; pero, sin embargo, seis semanas despues de los acontecimientos de que acabamos de dar cuenta, un pánico general se había apoderado de todos los corazones al divisarse un buque de guerra en el horizonte, cuya aparicion hizo que los habitantes todos de la plaza, ignorando cuál pudiera ser su intencion, se aproximaran unos á otros inquietos y temerosos, mirándose con cierto asombro, como interrogándose mutuamente acerca de lo que podría significar aquel inesperado acontecimiento.

Y es que los mejicanos recientemente emancipados temian caer de nuevo bajo la dominacion española: es que á pesar de los tratados concluidos con la Gran Bretaña, y de que esta potencia había enviado desde Lóndres un embajador extraordinario con el reconocimiento del gobierno de la República mejicana, esta no tenía buque alguno para defender sus costas en caso de una invasion cualquiera.

Pero fuese lo que fuese, lo cierto era que aquel buque debía estar tripulado por aventureros muy audaces, pues los vientos del Norte, que soplaban reciamente desde el equinoccio de otoño hasta la primavera, le impulsaban con tal velocidad, que obligaron á los que le guiaban á tomar rizos á las velas, precaucion sin la cual hubieran corrido graves peligros.

Los habitantes de Acapulco no estaban, pues, muy seguros de que fuesen pacíficas las intenciones de aquel buque; pero ¡cuál fué su sorpresa al divisarlo más de cerca y ver que era un hermoso bergantin que izaba la bandera de la independencia mejicana!...

Al llegar á medio tiro de cañon de la bocana del puerto, el *Constancia*, cuyo nombre se leía en su popa, dió fondo de improviso. Replegarónse sus velas y se ataron á las vergas: se echaron los botes al agua, y algunos minutos despues atracó al muelle un esquife que conducía al teniente Martinez, el cual saltó á tierra entre una asombrada multitud, y

se encaminó en el acto á la casa del gobernador, de quien solicitó una audiencia que le fué otorgada.

Una vez en presencia de aquella autoridad, le comunicó el motivo de su viaje y cuál era su intento al dirigirse á Méjico: el gobernador aprobó con regocijo su determinación de presentarse en la capital de la República para obtener del general Guadalupe Victoria, su presidente, el asentimiento para el contrato de venta que proponía y la aprobación de las condiciones bajo las cuales debía hacerse la entrega de los buques.

No bien se esparció la noticia de lo que pretendía el marino español, estallaron los más vivos transportes de alegría por todos los ángulos de la ciudad que pocos momentos ántes se hallaba consternada por el temor.

Toda la población corrió en tropel á los muelles y á la playa á contemplar el que iba á ser el primer buque de guerra de la marina mejicana, y las personas reflexivas se regocijaron doblemente por la adquisición de aquel magnífico bergantín, y por la manera con que era entregado á la República, pues el acto de indisciplina de su tripulación revelaba un estado de inmoralidad en la Península que les daba derecho á esperar un triunfo seguro sobre los que se habían opuesto á la independencia mejicana, en el caso de que tratasen de someter la nueva República á la obediencia de su antigua metrópoli.

Martínez, después de haber conferenciado largamente con el gobernador de la plaza, volvió á bordo del *Constancia*, siendo en el tránsito objeto de las más expresivas demostraciones de afecto por parte de la multitud que llenaba las calles; una vez en el buque, dió las órdenes oportunas para entrar en el puerto, y algunos momentos después ya se hallaba anclado el bergantín en las inmediaciones del muelle, y su tripulación alojada en las casas de los habitantes de Acapulco, los cuales se esmeraban en obsequiar á porfía á los marinos españoles.

Cuando el teniente Martínez llamó á su gente para pasarle la revista de costumbre, todos se presentaron, á excepción del guardia marina Pablo y del contramaestre Jacobo, que habían desaparecido, sin que nadie pudiese dar razón de ellos.

El territorio mejicano está considerado entre todos los del mundo como el que ocupa, en su centro, una meseta más vasta y elevada: la cadena de montañas conocida con el nombre de los Andes atraviesa toda la América Meridional, cruza á Guatemala, y al penetrar en Méjico se divide en dos brazos, que se extienden por igual á lo largo de las dos costas del país.

Dichos brazos no son otra cosa que las vertientes de la inmensa meseta del Anahuac, situada á 2.500 metros sobre el nivel de los mares que la abarcan por ambos lados.

Esta serie de llanuras, mucho más extensas y no ménos uniformes que las del Perú y las de Nueva-Granada, ocupan sobre las tres quintas partes del país.

La cordillera, al penetrar en la antigua intendencia de Méjico, toma el nombre de Sierra-Madre, y hácia las ciudades de San Miguel y de Guanajato se divide en tres ramas y va disminuyendo hasta perderse por los 37 grados de latitud Norte.

Entre el puerto de Acapulco y Méjico, cuyos puntos distan entre sí 80 leguas, los accidentes del terreno son ménos pronunciados, y los declives ménos perceptibles que entre Méjico y Veracruz.

Después de haber hollado el granito que forma la vasta cordillera que se extiende cerca del gran Océano y en la cual se halla abierto por la mano de la naturaleza el puerto de Acapulco, el viajero se ve obligado á salvar las rocas marmóreas, en las cuales la industria humana va á buscar el alabastro, el basalto, la caliza primitiva, el estaño, el cobre, el hierro, la plata, y, finalmente, el oro.

El camino que conduce desde Acapulco á Méjico ofrece puntos de vista verdaderamente admirables; una vegetación exuberante y especial, y conformaciones de terreno en extremo estrechas; á todo lo cual no se sabe si atendían ó no dos viajeros que cabalgaban el uno junto al otro á los pocos días de haber anclado el bergantín *Constancia* en el puerto de la primera de dichas ciudades.

Aquellos hombres eran los dos traidores, mengua de la marina española; el teniente Martínez y el gaviero José, el cual conocía perfectamente aquel camino, por haber pasado y repasado muchas veces las escabrosidades de la cordillera del Anahuac; así es que no quiso aceptar la oferta que de acompañarles les hizo un guía indígena, y montado, como su jefe, en un excelente caballo, se dirigía hácia Méjico, pensando, á la par de aquel, en sus proyectos ulteriores.

Después de dos horas de un trote largo que les había impedido entregarse á la contemplación de las maravillas que aquel país ofrecía á cada paso á sus ojos, ambos jinetes se detuvieron.

—Marchemos al paso, mi teniente,—dijo José, pudiendo respirar apenas.—; Por Santa María, os juro que quisiera más bien estar montado en la verga mayor de nuestro bergantín y corriendo una tempestad, agitado por los balances del buque y por el soplo del más deshecho Noroeste, que sobre el lomo de este rocín, que ya me tiene hecho pedazos.

—Es fuerza que nos demos prisa,—contestó Martínez,—pues ya no tenemos tiempo que perder; pero dime, ¿tú conoces bien el camino?

—Tanto como vos el que va desde Cádiz á Veracruz; y puedo aseguraros que aquí no tendremos ni las tempestades del golfo, ni los escollos de Taspan,



ni las barras de Santander, en donde puedan estrellarse nuestros caballos; pero, esto no obstante, os ruego que caminemos al paso, pues ya no me es posible resistir el endiablado trote que llevamos.

—Ya descansaremos,—repuso con impaciencia Martínez;—mas ahora es forzoso que caminemos de prisa, pues te confieso que me hace temer algo la repentina desaparicion de Pablo y de Jacobo.

Los viajeros habian llegado á una pequeña altura á la que daban sombra varias palmeras en forma de vistosos abanicos, corpulentos nopales y verdes sauces mejicanos: á sus piés se extendía una vasta llanura cultivada con esmero: todas las exuberantes vegetaciones de los climas tropicales se presentaban á su vista, ofreciendo gran diversidad de matices.

—¿Qué inmensa pirámide es esa que se ve en lontananza cerrando el horizonte?—preguntó Martínez.

—El cerro de la Brea: un pico que se eleva sobre la llanura,—contestó el gaviero con naturalidad y sin mostrar la menor admiracion á la vista de aquella gigantesca montaña.—Ese es,—añadió tras una breve pausa,—el primer escalon importante de la inmensa cadena de las Cordilleras.

—Alarguemos el paso,—dijo Martínez, dando el ejemplo y aguijoneando á su cabalgadura.

Por fin llegaron al cerro de Brea, el cual atravesaron por escabrosos senderos que subian rodeando la falda del monte: sin embargo, aquellos no eran aún los insondables precipicios de los gigantes picachos de la Sierra Madre.

Al bajar las opuestas pendientes se detuvieron algunos instantes para dar un ligero descanso á sus caballos y refrescarse ellos mismos en la márgen de los pocos riachuelos que se encuentran en aquel árido camino.

Su marcha no les habia internado aún lo bastante en el país á que se dirigian para que pudiesen notar el cambio de vegetacion y de temperatura de zonas ménos ardientes.

El sol iba á ocultarse en el horizonte, cuando el teniente y su compañero llegaron al lugar de Cigualan, el cual se componía de algunas chozas habitadas por pobres indios agricultores de los que llaman *mansos*.

Los indigenas sedentarios son por lo general cobardes y perezosos, y no se dedican á otro trabajo que á recoger los ricos y abundantes frutos que tan pródigamente les da la tierra.

Su pereza y flojedad les distinguen esencialmente de los indios que habitan en las mesetas más altas, á quienes la necesidad hace más industriosos y activos, y de los indios bravos del Norte, tribus nómadas, que viviendo del robo y de la rapiña, no tienen moradas fijas en donde sus ranchos descansan más de un dia.

Los españoles sólo recibieron en aquella aldea una mediana hospitalidad. Reconociendo en ellos los indios á sus antiguos opresores, no se mostraron muy dispuestos á prestarles servicio alguno ni á serles útiles en nada.

Además, pocas horas ántes habian pasado por allí dos extranjeros, y se habian apoderado de cuantos comestibles pudieron desprenderse los habitantes del lugar.

Martínez y José no hicieron gran caso de aquel incidente, y se alojaron en una miserable casucha, preparando para alimentarse una cabeza de carnero cocida entre la ceniza del hogar á la usanza del país.

Una vez terminado su frugal banquete, se tendieron ambos españoles en el suelo, teniendo buen cuidado de conservar empuñado el pomo de sus cuchillos por lo que pudiera ocurrir.

Vencidos al fin por el cansancio, se durmieron á pesar de la dureza de su lecho y de las continuas picaduras de los mosquitos que en espesa nube zumbaban en torno de sus cabezas.

### III.

#### DE CIGUALAN Á TASCO.

Al amanecer del dia siguiente, los viajeros ensillaron sus caballos y les pusieron las bridas, tomando de nuevo el camino por un sendero apenas transitado que se veía serpentear á su frente, y pronto se internaron hácia el Este, caminando delante del sol, que les enviaba sus rayos más puros y brillantes.

Su viaje comenzaba bajo favorables auspicios.

Sin el aspecto taciturno del teniente, que contrastaba de una manera notable con el buen humor del gaviero José, se les hubiera podido tomar por las mejores personas del mundo.

Parecía que el cielo favorecía su traicion. El terreno iba elevándose al paso que avanzaban por aquel vasto país, lo cual dificultaba algun tanto su marcha, deteniendo el paso de sus cabalgaduras.

La inmensa meseta de Chilpanzingo, donde reina el clima más dulce y más hermoso de los Estados mejicanos, no tardó en presentarse á su vista.

Esta region, que pertenece á las zonas templadas, se halla situada á 4.000 metros de altura sobre el nivel del mar. Allí no se conoce ni el calor de los terrenos bajos, ni los frios de las regiones más altas; perc dejando este oasis á su derecha, llegaron los españoles á la pequeña poblacion de San Pedro, y despues de dos horas de descanso, en que tomaron un ligero refrigerio, volvieron á emprender su camino en direccion á la pequeña ciudad de Tudela del Rio.

—¿Dónde haremos noche hoy?—preguntó Martínez.

—En Tasco, gran ciudad situada á corta distancia de esa barriada que acabamos de dejar,—contestó el gaviero.

—¿Sin duda tendremos allí buena posada?

—Excelente, con una magnífica cama y un clima delicioso. Allí el sol quema ménos que en las orillas del mar, de suerte que, variando poco á poco de temperatura, se va llegando gradualmente, y sin experimentar una brusca sensacion, hasta los hielos que reinan eternamente en la elevada cima del monte Popocatepetl.

—¿Y cuándo pasaremos esas montañas?

—Pasado mañana por la noche, y al amanecer del otro día ya descubriremos el término de nuestro viaje... una ciudad de oro. Sabe usted, mi teniente, en qué estoy pensando?...

Martinez no respondió, pues continuaba taciturno.

—Pues pienso,—añadió el gaviero,—en lo que le habrá sucedido á nuestro estado mayor.

Martinez se estremeció al oír aquellas palabras, y dijo con voz bronca:

—¡Cállate!... qué sé yo lo que le habrá sucedido.

—Me parece que nuestros jefes habrán muerto de hambre,—continuó José sin hacer alto en el efecto que hacían aquellas reflexiones en su compañero;—yo así lo creo: además, muchos de ellos cayeron al mar, y en aquellas aguas hay una especie de tiburones, ya sabeis, las tintoreras, que no perdonan á ningun nadador... ¡Virgen Maria! Si el capitán Ortega resucitase sería cosa de esconderse en el vientre de uno de aquellos tiburones para evitar su castigo, pero afortunadamente su cabeza se encontró por casualidad á la altura de la botavara cuando el buque viró de proa y...

—¡Te callarás, miserable!...—exclamó Martinez sin poder sufrir más y como si se hallase fuera de sí.

El locuaz marinero quedó callado, apretando los labios y diciendo entre sí:

—Ahora se viene con escrúpulos: pues á fe que son oportunos en este momento.

Después, levantando la voz, añadió:

—Cuando regresemos de nuestra expedicion y pase otra vez por aquí, prometo establecerme en este delicioso país de Méjico. Por estos lugares se bordea entre las ananas y los bananos, y se puede echar el ancla y fondear sobre bancos de oro y plata.

—¿Y para eso, sin duda, te convertiste á bordo en traidor?—dijo Martinez.

—¿Pues para qué había de ser, mi teniente, sino para hacer pesetas?

—¡Ah!...—exclamó Martinez con un ademán de disgusto.

—Pero usted, mi teniente, ¿por qué lo hizo?...

—Yo era otra cosa: era cuestion de clase: porque el teniente tenía que vengarse de agravios que había recibido del capitán.

—¡Ah!... ya, ya entiendo,—dijo José con acento de desprecio.

Estos dos hombres se conocían y se juzgaban perfectamente el uno al otro; pero ambos trataban de justificarse á sus propios ojos y de cohonestar su proceder, buscando disculpas desde el punto de vista en que les colocaban los viciosos instintos de sus respectivas naturalezas.

Los viajeros siguieron su camino, costeando la ribera del Maxala, uno de los afluentes del río Balsas, y remontando su curso, no tardaron en descubrir algunas columnas de humo que les anunciaron la proximidad de albergues habitados por indígenas, presentándose de improviso á sus ojos la pequeña ciudad de Tudela del Río; pero deseando llegar lo más pronto posible á Tasco, y ántes de que les sorprendiese la noche, se dieron prisa á salir de la primera de dichas poblaciones, después de haber tomado en ella un breve descanso y algun alimento.

El camino se iba haciendo cada vez más escarpado; así es que sus caballos se veían obligados con bastante frecuencia á caminar al paso.

De trecho en trecho se presentaban á la vista de los españoles, por vez primera en aquel país, bosques de olivos, observando al propio tiempo notables variaciones, tanto en el terreno, como en la temperatura y en la vegetacion; pero la noche no tardó mucho en esparcir sus sombras, haciendo brillar en el firmamento las nacientes estrellas y ocultando á la vista de los viajeros las variaciones geológicas.

El teniente Martinez seguía á algunos pasos de distancia á su guía José, el cual se orientaba con bastante trabajo en medio de las tinieblas, que iban siendo más densas al paso que la noche avanzaba; pero acostumbrado á guiarse por la direccion de las estrellas, mirando al cielo era como procuraba hallar los senderos más practicables, aunque no sin maldecir su suerte cada vez que una rama venía á azotarle el rostro ó á apagarle el excelente cigarro que fumaba.

El solo defecto que encontraba en el uso del tabaco aquel marino hablador por excelencia, era que mientras ardía entre sus labios no le dejaba bastante expedito el órgano de la locuacidad.

El teniente, entre tanto, dejaba que su caballo siguiese los pasos del de su compañero.

Su espíritu se hallaba agitado por una especie de remordimiento, y él mismo no podía darse cuenta de la sensacion que experimentaba, y de por qué todos los objetos se presentaban á sus ojos bajo los más sombríos colores.

La noche había cerrado enteramente; los viajeros apretaron el paso y atravesaron sin detenerse ni un solo instante las pequeñas poblaciones de Con-

tepec y de Iguala, llegando por fin á la ciudad de Tasco.

José había dicho la verdad: aquella era una gran capital, comparada con las pequeñas aldeas y barriadas que dejaron atrás.

Ambos viajeros se encaminaron á una especie de meson, situado en una de las calles más anchas, y parando á su puerta, entregaron sus caballos á un mozo de cuadra y entraron en la sala principal del edificio, en la que se ostentaba una mesa larga y estrecha perfectamente preparada.

Los españoles ocuparon en ella dos puestos, uno enfrente del otro, y empezaron á probar unos platos muy suculentos y apetitosos para los paladares indígenas, pero que sólo el hambre podía hacer que los tragasen paladares europeos.

Dichos manjares eran trozos de pollo nadando en un Océano de salsa aderezada con pimientos verdes; platos de arroz con pimientos encarnados y azafran; volateria vieja y dura rellena de aceitunas, pasas, alcauciles y cebollas; calabazas dulces, garbanzos y verdolagas, daban fin al suntuoso banquete, todo el cual iba acompañado de pequeñas tortas, especie de galletas de maíz cocidas sobre una plancha de hierro.

Luégo les sirvieron licores, pues en Méjico no se bebe sino despues de la comida.

Pero sea como fuere, aunque los españoles no hallasen la comida del mejor gusto, satisfizo su apetito. El cansancio no tardó en hacerles sentir el sueño, y retirándose á la estancia que les designaron, Martinez y José durmieron hasta la una bien dada del dia siguiente.

JULIO VERNE.

(Concluirá.)

## CUVIER.

En el limpio horizonte donde se dibujan como en cuadro fantástico los gloriosos recuerdos de los genios, descubrimos claramente las huellas de uno de esos individuos pertenecientes á la egregia raza de titanes que han pasado por el mundo para admirar con los raros prodigios de su fecundo ingenio. Llegar en una especialidad de los conocimientos humanos á la cima de la misma, dominarla y poseerla hasta el punto de poder fructíferamente enseñarla, es difícil, pero á toda hora lo vemos repetido, con tal de que haya aplicacion asidua y regular aptitud por parte del que aspira á tan señalada honra. Pero cambiar el aspecto de una ciencia, darla giro nuevo, hacer en ella singularísimos y sorprendentes adelantos, rodearla de nuevos datos, iluminar con la luz desprendida de una inteligencia clara los pro-

fundos arcanos hasta entónces vedados á la generalidad, sólo es propio del que merece llevar sobre sus sienes la corona inmortal del genio.

Por eso queremos mencionar en esta galería de sabios que bosquejamos, el nombre de Cuvier, conocido de todo el que haya saludado, siquiera sea someramente, las ciencias naturales.

Jorge Cuvier, que ha merecido con justicia ser conocido con el renombre de Aristóteles del siglo XIX, nació el año 1769 en Montbeliard, en el seno de una familia protestante. En el establecimiento denominado Academia Carolina de Stuttgard, fué donde comenzó sus estudios, iniciándose en el conocimiento de la lengua y literatura alemanas. De la misma Academia han salido eminentes literatos, siendo de advertir que es uno de los sitios donde mejor se conoce y con más afición se estudia la literatura española. En efecto, á sus sabios profesores no han pasado desapercibidas las centellas que lanzaran los genios de Calderon, Cervantes, Tirso, Rojas, Moreto y Lope, y se complacen en saborear las producciones de aquellos grandes colosos, considerándolos como los supremos maestros, como los depositarios de aquel divino ingenio que será siempre orgullo de la humanidad, sin parar la atención en el país donde vieron la luz.

Todavía muy jóven empezó á dedicarse Cuvier al profesorado, poniéndose al frente de un colegio particular en Normandía, cuyo cargo estuvo desempeñando por espacio de diez años, hasta que empezó el estudio de la Historia natural.

El sabio agrónomo Tessier fué quien tuvo la gloria de ver el alcance de su gran talento y observar que sus ideas se hallaban muy por cima de las que producen las vulgares inteligencias; así es que no bien le hubo visitado en su modesto retiro, cuando pudo observar las primeras llamaradas de aquel genio, y no se engañó ciertamente al presentir las grandes esperanzas que encerraba el gérmen de una futura vegetacion, cuya lozanía y esplendor había de ser la admiracion de su tiempo. Fué llamado á Paris á consecuencia de los informes de Tessier el año 1795, donde con mayor espacio para tender los altos vuelos de su inteligencia, se dió rápidamente á conocer con su palabra y con su pluma. Sus lecciones públicas de historia natural, dadas en el colegio de Francia, comenzaron á formar el pedestal de su reputacion científica. Supo, en efecto, presentar estos conocimientos, que se hallaban hasta entónces en estado de lamentable atraso, con sorprendente novedad y revestidos de grandísima importancia, demostrando el inmenso interes que encierra una ciencia que debiera por todos ser conocida si no hemos de ser huéspedes completamente ajenos al mundo que habitamos y á todo cuanto nos rodea, formando nuestros encantos ó siendo la

causa de nuestras aficciones y de nuestra muerte.

La cátedra de anatomía comparada fué una de las que con más brillantez explicó en el colegio de Francia, y era, á no dudarlo, la especialidad á que más se prestaba su talento sintético. En esta clase de estudio es donde se ofrece vasto campo al filósofo para descender desde la humana organizacion hasta las más sencillas manifestaciones de la vida de los séres, para examinar que nada huelga en la naturaleza, que obedece todo á inmutables leyes sábiamente dictadas. En la anatomía comparada es donde puede aprenderse mejor que en libro alguno los detalles de la humana organizacion, porque nada enseña mejor que el estudio comparativo y el de analogías y diferencias; nada fija más las ideas en la mente que de un modo sucesivo examinar un mismo órgano en diferentes animales, detenerse en cómo desaparecen ó adquieren, por el contrario, gran desarrollo algunas de sus partes, para deducir al propio tiempo la índole de las funciones que aquel sér ejecuta, sus costumbres, la índole especial de sus instintos, todo, en fin, cuanto tiene relacion con las manifestaciones de su vida.

Uno de los grandes servicios prestados á la ciencia por Cuvier, es su clasificacion zoológica. Llenas de imperfecciones y sin satisfacer las exigencias de los adelantos del saber las conocidas hasta su época, no podía ménos de llamar profundamente la atencion el nuevo método dado á conocer por el gran naturalista, en términos que todavía hoy sirve de base á muchas clasificaciones modernas, que no son otra cosa sino las ideas de Cuvier modificadas más ó ménos profundamente, y permítasenos decir que con mayor ó menor éxito. Justo es afirmar que, en el estado actual de la ciencia, no llena las aspiraciones la clasificacion de Cuvier; pero no es obstáculo esta circunstancia á reconocer su mérito, hasta el punto de que las ideas modernas estén basadas en tan admirable trabajo, como si el tiempo trascurrido, que para la ciencia es inmenso, en atencion á los agigantados pasos con que camina, no hubiese sido suficiente á destruir las sólidas bases sobre que aquel admirable edificio se construyera.

A cuatro tipos reduce Cuvier todos los animales en su clasificacion, que distingue con los nombres de Vertebrados, Moluscos, Articulados y Zoófitos, y en ellos están incluidos, dentro de sus respectivas clases, órdenes, familias, tribus, géneros y especies, todos los séres animales desde el hombre, sér el más perfecto de la creacion, imágen de la divinidad, hasta el microscópico insecto y el invisible infusorio que vive dentro de otros séres.

La clasificacion en cualquiera de los ramos de historia natural es indispensable, si ha de adelantarse un solo paso en su estudio; pero en zoología, donde

es tan inmenso el número de especies, la mente no alcanza á concebir ese cúmulo de séres, si éstos no se agrupan de un modo metódico. De aquí que una clasificacion será tanto más perfecta, cuanto más se aproxime á las inflexibles lógicas leyes del método. Por eso puede citarse la de Cuvier como uno de los modelos de distribucion metódica de muchos miles de séres, sin incurrir en censurables anaenismos. Buscar las analogías y diferencias entre los séres, investigar su organizacion, estudiar de un modo detenido sus funciones, sus costumbres, los instintos, las modificaciones que tienen lugar en esa organizacion, segun el clima, la alimentacion, edad, presencia del hombre respecto á la domesticidad, su diversa reproduccion segun las circunstancias, todo fué objeto de minucioso estudio para llegar á producir esa clasificacion, suficiente por sí sola á perpetuar el nombre de su autor, si otros muchos títulos de gloria no contribuyeran á colocarle en la cima de los naturalistas del mundo.

Como resultado de sus grandes conocimientos en anatomía comparada, llegó á ser profundo geólogo y á tener singular aptitud para el conocimiento de los fósiles. Muchas veces se encontraba un órgano aislado, una mandíbula, un fémur, cualquier fragmento de un animal cuya especie había desaparecido largo tiempo hacia de la faz de la tierra á consecuencia de algun cataclismo ocurrido en esta. En este caso, recogía cuidadosamente Cuvier aquel aparentemente despreciable resto, y con su imaginacion iba reconstruyendo el animal entero, caminando por una serie de inducciones lógicas, debidas á sus profundos conocimientos en anatomía comparada y á su singular talento para este linaje de estudios, donde alcanzó con justicia tan alto renombre. La exactitud de sus inducciones vino á demostrarse en muchas ocasiones, cuando al poco tiempo se encontraba el animal en toda su totalidad y se podía observar la completa exactitud entre el mismo y el que Cuvier había dibujado, creando con su genio y adivinando lo que hiciera naturaleza, sorprendiéndola en sus secretos y llegando á resultados verdaderamente maravillosos, fruto de un talento intuitivo que sólo el verdadero genio puede poseer. Esta singular aptitud le dió imperecedero renombre entre propios y extraños, citándose como ejemplo de prodigio en los pronósticos científicos. Para estas deducciones se valía de lo que llamaba ley de correlacion de las formas y subordinacion de caracteres; pero estas leyes por otra inteligencia aplicadas no producían ni con mucho los brillantes resultados, los admirables progresos que su privilegiado ingenio daba á luz y que tenía la singular cualidad de engrandecer cuanto tocaba.

Diferentes obras ha legado Cuvier á la posteri-

dad, entre las que tenemos unas «Lecciones de anatomía comparada» en cinco tomos, acogida con singular aplauso, y que mereció ser premiada por el Instituto con una recompensa muy raras veces otorgada: esta publicación tuvo lugar desde 1800 á 1805. Además, «El reino animal distribuido según su organización,» obra en cuatro tomos, publicada en 1816; unas «Investigaciones sobre los huesos fósiles,» precedidas de un discurso sobre las revoluciones del globo, 1821 á 1824; «Historia natural de los peces,» en dos tomos. También publicó una «Relación de los progresos de las ciencias naturales desde 1789 á 1808,» donde hace extensos resúmenes que pueden considerarse como verdaderas enumeraciones de cuanto había ocurrido de notable en el terreno científico durante el período que se propone resumir.

Escribió asimismo multitud de Memorias, que leyó en el Instituto de Francia, de donde era miembro, y diversidad de artículos en el Diccionario de Ciencias naturales y Biografía universal. Sin embargo, Cuvier no rayó como escritor á la altura que en otros conceptos. La naturaleza no concede por igual tan eminentes dotes, y es indudable que cuando con largueza otorga alguna sobresaliente cualidad, es siempre á expensas de la deficiencia de las otras. No es posible reunir en un mismo individuo la pluma de Calderon, la espada de Gonzalo de Córdoba y el talento abstruso de Newton. Cambiad las aptitudes de estas individualidades, y habreis descendido del reino de los encantos, producidos por los genios que admiraron el mundo, á la triste realidad de las medianías. No tiene el águila, no, el canto del ruiseñor, ni los brillantes tornasoles que adornan la cola del pavo real van acompañados de sonoras notas que encanten nuestros oídos. ¡Feliz aquel que logra llegar á las cimas donde se cierce el genio, en una de sus manifestaciones, sin pretender la universalidad, imposible en la humana razón, imposible en la naturaleza, imposible en cuanto nuestra mente concibe!

Cuvier también representó su papel en el mundo político. En tiempo de la Restauración fué consejero de Estado en 1814, y par de Francia en 1831. No desmintió en estos puestos las altas dotes de capacidad que poseía, habiendo desempeñado en diversas comisiones cargos importantes donde demostró su idoneidad. Acúsasele, sin embargo, de haber sostenido en la tribuna algunas leyes impopulares; pero si llevaban el sello de convicción profunda y en su sentir contribuían al bienestar general, no debe desmerecer en lo más mínimo porque no halagara las pasiones de la muchedumbre, que muchas veces suelen ser altamente injustas, sino que tuvo el valor de oponerse á la opinión general por creerla extraviada. ¡Ojalá tuvieran la misma fuerza de volun-

tad todos los que se dedican á las luchas políticas!

De todos modos, en los cargos, ajenos á la ciencia, que desempeñó, dejó marcadas imperecederas huellas de aptitud y probidad.

Cuvier murió en París en 1832. Su nombre ha pasado á las edades futuras con sobrada justicia. Sus ideas, serán la inextinguible luz que siempre alumbrará las espinosas vías de la ciencia, y su figura se verá siempre deslumbradora, por densas nubes que oculten tan resplandeciente sol.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

## CRÓNICA MUSICAL.

### LA TRILOGIA DE WAGNER.

(Conclusion).

Bayreuth, 17 de Agosto.

Sieglinde ha muerto al dar á luz á Siegfriedo. El niño ha sido recogido por Mimo, el hermano del horrible enano Alberico, á quien conocemos desde el prólogo de la tetralogía. Con el auxilio de este joven héroe, cuyo indomable valor se ha revelado muy pronto, Mimo cuenta con hacerse dueño de los tesoros robados á las ninfas del Rhin, tesoros que el gigante Fafner ha reunido en una caverna que vigila día y noche.

Siegfriedo ha puesto en el fuego los trozos de la espada de su padre, y con ellos ha forjado un arma invencible. Con ella en la mano se dirige hácia la temida caverna; mata á Fafner, que se ha transformado en dragon, y se apodera del tesoro codiciado por Mimo. Pero Siegfriedo es de alma generosa, y para él no tiene el oro atractivo; lo abandona sin pesar á Mimo, guardándose tan sólo el anillo mágico, cuyo misterioso poder ignora todavía.

Entonces, guiado por el canto de los pájaros encantados, se dirige hácia la montaña donde Brunhilda, dormida y protegida por un círculo de fuego, espera á su libertador.

En vano el mismo Wotan quiere detenerlo en su marcha; la lanza del dios se rompe contra la espada de Siegfriedo, y el héroe triunfante se lanza por la muralla de fuego para ir á prosternarse á los pies de la bella Walkyria.

Tal es, rápidamente bosquejado, el tercer poema de la tetralogía wagneriana, y por cierto no es el peor. Pasemos ahora á la música.

El primer acto es largo; pero el movimiento y el interés de la escena, el personaje de Mimo el herrero, creación muy original, bien representada por

\* Véase el número anterior, pág. 316.



M. Schlosser, de Munich, la simpática y exuberante figura de Siegfriedo; todo esto impide que el fastidio extienda sus alas de plomo sobre el público.

Un monólogo de Mímo, acompañado por las sordas sonoridades de la orquesta, ofrece la base de un feliz contraste con la entrada de Siegfriedo, llena de movimiento y de expansión.

Pero lo que en este acto es maravilloso realmente y ha excitado una admiración general, es el pasaje en que Siegfriedo forja su espada con los trozos de la de su padre.

La escena es de un realismo notable. Siegfriedo (M. Unger, de Mannheim), al mismo tiempo que canta alegremente, hace mover el fuelle y caer el martillo sobre el yunque, como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. Míentras tanto, pérfido y burlon, Mímo circula en derredor del joven héroe, rumiando sus sombríos proyectos y calentando la poción envenenada que destina á Siegfriedo para el día en que ya no haya menester de su ayuda. Pero no sólo la escena es pintoresca y realista; lo es también la música por la verdad y la precisión de la expresión. Con una asombrosa flexibilidad, una blandura de sirena, la melodía domina la situación, y se enlaza tan pronto con uno como con otro personaje, burlándose ó riñendo con Mímo, estallando en cantos de alegría y de juventud con Siegfriedo.

En el segundo acto pasamos por una estepa ó llanura árida y solitaria. Es el acto del dragón. Wagner tiene un flaco por los animales. En el primer acto ya hemos visto un oso; la fe robusta del autor de los *Nibelungen* desafía todas las preocupaciones.

Sea como se quiera, los rugidos de Fafner debajo de la concha del dragón y las roncas espirales del contratubo no me parece que divierten al público. El oso hizo sonreír; el dragón hace bostezar. Todo esto es largo y fastidioso. Felizmente nos encontramos en los límites del desierto, y hé aquí el oasis que nos promete sus perfumes y su frescura. Quiero hablar de la escena del pájaro encantado (¡todavía un animal!) revelando á Siegfriedo la traición de Mímo y que Brunhilda espera.

Sobre este texto poético, Wagner ha bordado una sinfonía deliciosa, de una ligereza y de una fantasía que recuerdan, por la gracia y el encanto, las apariciones de la ninfa de los Alpes en el *Manfredo* de Schumann, ó los encantos del *Sueño de una noche de verano* de Mendelssohn.

El tercer acto casi todo es soberbio. Puede decirse que se reduce á un largo dúo, demasiado largo, preciso es decirlo, porque Wagner no sabe lo que es la medida y el gusto; pero este dúo contiene partes verdaderamente admirables. El punto culminante de este acto y de toda la obra es el desper-

tar de Brunhilda, arrancada á su sueño mágico por el beso de Siegfriedo. Hay en todo ello acentos de una poesía y de un lirismo que embriagan como un vino generoso; una pasión más fogosa y más ardiente que la llama que rodea á los dos amantes en su círculo deslumbrador.

Bayreuth, 18 de Agosto.

Sin su tercer acto, la *Goeterdoemmerung* sería un desastre. No es posible formarse una idea del fastidio profundo que sus dos primeros actos han causado en el público. Tal vez por esta misma razón los partidarios á toda costa de Wagner proclaman la *Goeterdoemmerung* como la obra maestra de la tetralogía.

Para nosotros, que no tenemos la fe que salva, pasemos, si os parece, estos dos interminables desiertos de música, y lleguemos pronto al tercer acto.

Unas cuantas palabras, no más, para reanudar el hilo del argumento.

Siegfriedo se ha separado de Brunhilda dejándole como prenda de su amor el anillo mágico que ha robado á Fafner. Ha ido á la corte de Gunther, donde es acogido por Hagen, un hijo bastardo de Alberico, y por Gudruna, su hermana, que se enamora al instante y con locura del joven héroe.

Pero Gudruna, que sabe que no triunfará del amor de Siegfriedo por Brunhilda con el sólo poder de sus encantos, da al héroe un breva de olvido que hace desaparecer en el momento de su corazón y de su memoria el recuerdo de su Walkyria adorada.

Dominado por el efecto de este sortilegio, Siegfriedo parte para buscar á Brunhilda, cuya posesión codicia Gunther, y después de haberle arrebatado el anillo que le entregara—todo esto sin recobrar la memoria,—él mismo pone á su prometida en los brazos de su rival. ¡Convengamos en que esto es algo duro!

Llegamos al tercer acto. Estamos en las orillas del Rin, donde encontramos á nuestras flexibles y graciosas ondinas del prólogo. Muy bonito trío que hace descansar un poco de las fatigas de los dos actos precedentes. Por lo demás, este trozo no es más que una cantidad á cuenta, puesto que vamos á marchar de sorpresa en sorpresa hasta el fin del acto.

En primer lugar, hé aquí á Siegfriedo que vuelve. Es esposo de Gudruna; pero Brunhilda, de acuerdo con Hagen, que quiere coger el anillo, ha jurado su muerte. No sabe la desdichada que su Siegfriedo ha sido víctima de una treta infernal y no es culpable de la traición de que ella lo acusa. Tampoco Siegfriedo sabe nada, ni se da cuenta del peligro que le amenaza.

En medio de sus compañeros, sin remordimiento y sin preocupacion ninguna, llena alegremente su vaso y bebe esta vez el brevaje del recuerdo.

Entonces, en un abandono encantador, cuenta todas las escenas de su juventud, su vida en la selva, la fragua de Mímo, el dragon, sus combates, su partida para la conquista de Brunnhilda, y, como en un kaleidoscopio, se ve pasar y agruparse, en figuras pintorescas, los motivos más lindos de la partitura.

Pero con la memoria ha venido el remordimiento. Siegfriedo, fuera de sí, llama á Brunnhilda y muere á manos de Hagen en el instante en que renace su amor y su fe.

Aquí hay que notar una página soberbia: es una marcha fúnebre tocada por la orquesta mientras se llevan el cuerpo de Siegfriedo. Esta marcha es también una especie de autología de los principales motivos de la partitura de *Siegfriedo*, recordando sucesivamente las grandes fases de la vida del héroe; pero sus motivos llegan hasta nosotros velados y revestidos de un traje de luto. Hay en todo ello sonoridades tristísimas cuyo timbre es verdaderamente un descubrimiento.

Llegamos al término de nuestro largo viaje y tocamos á la escena final de la tetralogía.

Brunnhilda, desesperada, se encuentra con el cadáver de su amante. Su odio contra Siegfriedo ha desaparecido, porque todo lo ha adivinado. Después de quitar del dedo de Siegfriedo su anillo de esponsales, hace llevar el cuerpo del héroe sobre una pira, y luego, montando su caballo negro de Walkyria, da un salto de lanza en medio de las llamas.

En el mismo instante las aguas del Rin salen furiosas de su lecho y cubren la pira que arde, en tanto que Wogelinda, Wellgunda y Flosshilda cogen el anillo mágico que ha de quedar para siempre sepultado en las profundidades del rio, y los resplandores que colorean el horizonte anuncian que la Walhalla es presa de las llamas y que la hora suprema de los dioses ha llegado.

Toda esta escena, que como se ve no carece de grandeza, ha sido tratada por el músico con un verdadero poder: también las aclamaciones que han saludado el fin de la tetralogía han sido unánimes. Dos sentimientos se manifestaban entre los espectadores: la admiración al genio del músico y la satisfacción de ver la obra terminada.

Y ahora, ¿qué conclusion debe sacarse de todo esto? ¿Hay que decir con Wagner que al fin los alemanes poseen un arte?... Que Mozart, Weber y Beethoven respondan.

X.

## LA EXPOSICION DE APARATOS CIENTÍFICOS EN LÓNDRES.

EXMO. SR. MINISTRO DE FOMENTO:

En mi anterior comunicacion indicaba á V. E. las dificultades que naturalmente surgían para reunir y exponer al público una coleccion de instrumentos históricos que fuera suficiente á ilustrar la marcha progresiva de la ciencia, y manifestaba al mismo tiempo la superioridad que en mérito y en número podía conseguirse, como realmente acontece, en la Exposicion de aparatos modernos. Así como entonces envié á V. E. una sucinta relacion de la primera, principiaré hoy á dar una idea de la segunda.

La importancia de los objetos modernos comienza desde los grupos más elementales, y debe admirarse en ellos, no tanto la novedad del invento ó las modificaciones de aparatos ya conocidos, cuanto la perfeccion mecánica de todos, aun de aquellos más vulgares. Porque hay necesidad de tener presente que en un concurso donde se cuentan más de 6.000 artículos, sólo puede esperarse que una mínima parte de ellos ofrezca novedad en el sentido absoluto de la palabra.

Las secciones de *Aritmética* y *Geometría* comprenden relativamente un número corto de objetos. Entre los instrumentos destinados á trazar variedad de líneas y figuras, llama la atencion una máquina inventada por Donkin para componer dos curvas armónicas simples.

Una pluma de cristal que se mueve hácia atrás y adelante sobre una tira de papel arrollada á un cilindro, dibuja una de las curvas, mientras que imprimiendo al cilindro un movimiento análogo y en direccion paralela se produce la otra. Movidas ambas á un tiempo, las curvas se combinan. Es curioso también el instrumento para el trazado y descripción práctica de los ciclóides, presentado con otros varios por el profesor austriaco Imurko.

La seccion de pesas y medidas está bien representada con objetos antiguos y modernos de diversas materias.

Hay aquí un aparato de comparacion para rectificar las extremidades de las medidas de longitud, segun el cual se aprecian diferencias de una diezmilésima de pulgada. Hay escalas de metro con la division de los milímetros, y en esta seccion figuran los instrumentos de Whitworth, de precision extraordinaria, que mencioné en mi informe del mes de Mayo. En el grupo de balanzas se encuentra una hecha en Lóndres que señala hasta milésima de grano; otra en Holanda, construida para resistir pesos de 40 kilogramos, da por resultado en una serie de pesadas una diferencia menor de cinco miligramos entre ellas.

Entre los objetos de estos primeros grupos tenemos nosotros dos antiguos y curiosos: una máquina para cálculos matemáticos, procedente del Escorial, distinta de cuantas se han presentado, y en mi juicio la más antigua de todas ellas; y la romana que mencioné en mi anterior informe como la única pieza de esta clase que ha venido á la Exposicion. Ambos objetos pertenecen al Museo Arqueológico Nacional.

Se encuentra cierta novedad en alguno que otro aparato de la seccion de cinemática, estática y dinámica. Tal sucede con uno muy ingenioso de Woo-

duard para producir é ilustrar el movimiento de la onda movible, y con otro de la conocida máquina de Atwood, en la cual veo la modificacion de medirse el tiempo de la caída de los cuerpos, valiéndose de un reloj de agua, cuyo orificio se cierra y abre por medio de un aparato electro-magnético. Pero la verdadera novedad que ofrece este grupo consiste en la coleccion de modelos que ha traído al concurso el profesor Reuleaux. Encargado este por espacio de muchos años de dirigir en Berlin una importante escuela del gobierno, ha ido formando para el uso de las clases una vasta serie que comprende cerca de 1.000 modelos cinemáticos, tan curiosos y notables, que no se conoce en Europa nada comparable á ello. Figuran en la Exposicion unos trescientos, y el comité inglés trata de hacer proposiciones para adquirirlos.

Los hidrómetros, areómetros y manómetros; las bombas y aparatos neumáticos, así como otros relacionados con el grupo de fisica molecular, ofrecen pocas modificaciones de grande importancia, sin perjuicio de que por su número, por la perfeccion de la manufactura y por otras condiciones externas merezcan elogiarse.

Para ilustrar la difusion y la traspiracion de los gases se han presentado dos aparatos, y uno para el efecto mecánico de la expansion de los líquidos.

Consiguen llamar la atencion en este grupo los antiguos hemisferios de Magdeburgo y el aparato de Papin, de que tanto se razona en los antiguos textos de fisica. Opino que lo mejor representado es lo concerniente á la compresion por medio de los aparatos de Thilolier, Adams, Natterer y Bianchi, superando entre ellos el de Andreus, segun el cual se establece definitivamente el importante principio de la continuidad de los estados liquido y gaseoso.

El sonido, la luz y el calor tienen en el concurso una representacion digna. Es notable el harmonium inarmónico de Bosauquet, cuya multitud de teclas responde á la division de la octava en 53 intervalos iguales: la serie de silbatos de Galton, para averiguar la potencia del hombre ó de los animales en la audicion de notas agudas, cada tubo lleva una escata que indica el punto que deja de ser oida la nota: el aparato de Tyndall para la reflexion del sonido, que indiqué en otra comunicacion, y el empleo por Colladon hace medio siglo para medir la velocidad del sonido en el agua.

Para ilustrar la reflexion y refraccion de la luz se han presentado varios é importantes aparatos, franceses en su mayor parte. Creo que sea el más ingenioso el de Lutz, con el cual pueden investigarse casi todos los fenómenos de este género. Son notables y numerosos los polariscopos y los espectróscopos. De mayor importancia que estos, si es posible, encuentro los aparatos para la exacta y directa determinacion de la velocidad de la luz, por las dificultades de llevar el fenómeno al terreno del experimento. Se ha presentado el conocido de la rueda dentada de Fizeau; pero ninguno como el de Foucault, que realizó el hecho con la perfeccion debida.

Los fenómenos de la fosforescencia y fluorescencia pueden estudiarse con el precioso aparato de Becquerel, que se considera como uno de los más ingeniosos de la Exposicion. Consiste en dos discos, montados para que giren relacionados entre sí, y con cuatro perforaciones radiales é invertidas.

Señalaré, por último, que hay un aparato en el

que pienso que por primera vez se aprovecha el fenómeno de la luz polarizada para el análisis de las sustancias sacarinas.

En el grupo de objetos que explican la teoría del calor figura el empleado por Joule para determinar el fenómeno de su equivalente mecánico, aparato que se considera como uno de los más importantes de la Exposicion. Siguen á este los instrumentos de Ruhmkorff, que constituyen una larga serie, contruidos á semejanza de los Melloni, para estudiar la irradiacion del calor; los radiómetros de Crookes, que han originado las recientes cuestiones sobre la prioridad y origen entre el calor y la luz; el modelo de uno de los calorímetros usados por Favre y Silbermann, que tanto se han distinguido en sus investigaciones sobre la capacidad calorífica de los líquidos, el calor latente de la evaporacion, el calor que se desprende en las combustiones y en otros fenómenos químicos; y por último, los aparatos de Andreus para estudiar la suma de calor resultante de la combinacion del hidrógeno con otros gases combustibles y el oxígeno, así como para examinar la suma de calor desprendida en la combinacion de líquidos y sólidos con el oxígeno.

Los aparatos modernos presentados en la seccion de mecánica aplicada no tienen, en mi concepto, la importancia ni la extension que pide esta parte del concurso. El hecho se justifica considerando lo vulgar que es en Inglaterra el empleo de toda clase de máquinas, siendo tal vez aquellas de mayor complicacion en su estructura las más comunes y conocidas. Las que tienen un carácter histórico son verdaderamente interesantes, como las primitivas locomotoras y otras. Debo ahora mencionar entre ellas el curioso modelo de la máquina construida por el célebre Watt en 1799 para extraer las aguas de las minas de Almaden, cuya máquina fué la segunda de vapor que se conoció en España, y continúa sirviendo hoy. El modelo pertenece á la escuela de minas, y se ha colocado con otros del mismo Watt.

Siguen en el orden de colocacion los aparatos relativos al magnetismo y á la electricidad, que por ser de tan singular importancia creo que merecen tratarse especialmente, y lo dejo para mi próxima comunicacion.

JUAN F. RIAÑO.

Londres 31 de Julio de 1876.

---

El *Moniteur du Puy-de-Dome* da cuenta de un fenómeno meteorológico de los más curiosos que se han observado.

El jueves de la semana anterior á las nueve de la noche empezó á formarse sobre Clermont un magnífico arco-iris lunar, de Norte á Nordeste, perfectamente dibujado y sobrepuesto por otro arco-iris ménos marcado.

Los colores eran muy limpios y brillantes, á pesar de la oscuridad del cielo. Se distinguía muy fácilmente el prisma en su orden ordinario.

El arco-iris parecía la corona de una reunion de nubes blancas y negras, que formaban un golpe de vista encantador. La aparicion duró más de un cuarto de hora y es la segunda vez que ocurre en Clermont.

---